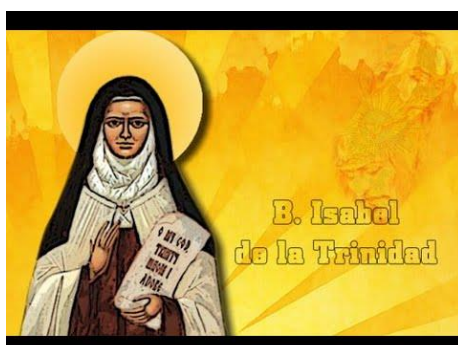




Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat
Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autors	Diversos	128
Títol	Textos de Sor Isabel de la Trinitat i sobre ella	
Font	http://www.portalcarmelitano.org/santos-carmelitas/isabel-de-la-trinidad/	
Data	Any 2016	
Publicat	13 d'octubre de 2016	



Canonización de Sor Isabel de la Trinidad: 16 de Octubre



El 20 de junio de 2016, el Papa Francisco en el Consistorio Ordinario Público ha decretado que Sor Isabel de la Trinidad - Isabel Catez - monja profesa solemne de la Orden de Carmelitas Descalzas sea inscrita en el Registro de los Santos el 16 de octubre de 2016...

1961 25 de octubre: Se publica el Decreto de Introducción de la Causa de Beatificación de Sor Isabel.

1963-1965 Se celebran en Dijon, París y Toulouse el Proceso Apostólico sobre las virtudes y milagros de la Sierva de Dios.

1966 12 de enero: Se presentan a la Sagrada Congregación los resultados de dicho Proceso Apostólico.

1984 25 de noviembre: Fue beatificada por el papa Juan Pablo II, en Roma, en la fiesta de Cristo Rey.

Con su vida y su doctrina -breve pero sólida- ha ejercido un gran influjo en la espiritualidad de nuestros días, debido, sobre todo, a su experiencia trinitaria. Preciosas son sus Elevaciones, Retiros, Notas Espirituales y sus Cartas. Adoradora auténtica en espíritu y en verdad, llevó una vida humilde, acrisolada por intensos sufrimientos físicos y morales, en alabanza de gloria de la Trinidad, huésped del alma, hallando en este misterio el cielo en la tierra y teniendo clara conciencia de que él constituía su carisma y su misión en la Iglesia.

Elevación a la Santísima Trinidad

Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándote, quiero volverme totalmente dócil, para aprenderlo todo de Ti. Y luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas mis impotencias, quiero fijar siempre la mirada en Ti y morar en tu inmensa luz.

Oh Astro mío querido, fascíneme, para que ya no pueda salir de tu esplendor.

Oh Fuego abrazador, Espíritu de amor, desciende sobre mí, para que en mi alma se realice como una encarnación del Verbo: que yo sea para Él como una prolongación de su Humanidad Sacratísima en la que renueve todo su Misterio.

Y Tú, oh Padre, inclínate sobre esta pobre criatura tuya, cúbreala con tu sombra, no veas en ella sino a tu Hijo Predilecto en quien tienes todas tus complacencias.

Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad en que me pierdo, me entrego a Vos como una presa. Sumergíos en mí para que yo me sumerja en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas”

Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad en que me pierdo, me entrego a Vos como una presa. Sumergíos en mí para que yo me sumerja en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas”

Textos autògrafs d'Isabel de la Trinitat

Selecció realitzada per Eulàlia Maria Bofill, carmelita de Mataró

Cartes: (fragments)

A Margarita Gollot

[Enero 1901]

Amemos nuestras cruces. Son todas de oro, si se ven con los ojos del amor.

M. Isabel de la Trinidad.

Al Canónigo Inglés - Domingo 19 de mayo

Querido señor:

Dé gracias al Señor en nombre de su Isabelita. Sobre todo por las gracias que El solo conoce, por esas cosas que pasan en lo más íntimo del alma. ¡Oh, cuánto amor! Pero El, que sabe todo, sabe también que yo le amo y me parece que esta palabra lo dice todo. Vivir de amor quiere decir que no se vive más que de El, en El y por El. ¿No es esto tener ya en la tierra un poco el paraíso? ¡Oh, le quiero confiar una cosa! Si usted supiera cómo tengo a veces nostalgia del cielo... Quisiera tanto irme allá arriba junto a El. Sería tan feliz si me llevase consigo, aun antes de entrar en el Carmelo, porque el Carmelo del cielo es mucho mejor, y sería igualmente carmelita en el Paraíso... Cuando digo esto a mi buena Madre Priora me tiene por perezosa. Pero yo no deseo más que lo que quiere el Señor, y si quiere dejarme mucho tiempo en la tierra, estoy dispuesta a vivir para El. Va a pensar usted que soy una pequeña sin corazón

A la señora Angles

[15 de febrero de 1903] Carmelo de Dijon, 15 de febrero

Muy querida señora:

¿Quién podrá decir la alegría de mi alma cuando, al contemplar el Cristo que he recibido después de mi profesión, que nuestra Reverenda Madre ha colocado «como un sello sobre mi corazón», he podido decirme: «Al fin El es todo mío y yo soy toda suya, no le tengo más que a El, El es mi todo»? Ahora no tengo más que un deseo, amarle, amarle siempre, celar su honra como una verdadera esposa, hacer su felicidad, hacerle feliz preparándole una morada y un refugio en mi alma, y que allí olvide, a fuerza de amor, todas las abominaciones que los malvados hacen. Sí, querida señora, consolémosle. (...) es tan bueno, cuando se sienten estas cosillas, contemplar al Maestro, que también ha sufrido todo esto porque nos ha «amado demasiado», como dice San Pablo. Entonces se desea devolverle amor por amor. En el Carmelo hay muchos sacrificios de este género, pero ¡son tan dulces cuando el corazón está poseído por el amor! Le voy a decir lo que hago cuando tengo alguna pequeña fatiga: miro al crucificado, y cuando veo cómo El se ha entregado por mí, me parece que yo no puedo hacer otra cosa por El que entregarme, gastarme, para darle un poco de lo que El me ha dado.

Al canónigo Angles

[15 de julio de 1903] Carmelo de Dijon, 15 de julio

Señor canónigo:

... nada de distancia, nada de separación, sino ya, como en el cielo, la fusión de los corazones y de las almas. Después de mi última carta ¡cuántas cosas han pasado! La Iglesia me ha hecho oír el «Veni, sponsa Christi», ella me ha consagrado y ahora todo está «consumado» (Jn. 19, 30), o más bien, todo comienza, pues la profesión no es más que

una aurora, y cada día de mi «vida de esposa» me parece más bello, más luminoso, más envuelto en la paz y el amor. En la noche que precedió al gran día, mientras estaba en el coro esperando al Esposo, comprendí que mi cielo comenzaba en la tierra, el cielo en la fe, acompañado del sufrimiento y la inmolación por Aquel a quien amo... Quisiera amarle tanto... amarle como mi seráfica Madre, hasta morir de amor: «O charitatis Victima», cantamos el día de su fiesta, y ésta es toda mi ambición: ser la presa del amor.

(...) si cumplo plenamente mi vida de carmelita, tengo el consuelo de gastarme por El, por El solo. Entonces ¿qué importa la ocupación en que me quiere? Dado que está siempre conmigo, el diálogo no debe acabar nunca. Le siento tan vivo en mi alma, que no tengo más que recogerme para encontrarle dentro de mí, y es esto lo que constituye mi felicidad. El ha puesto en mi corazón como una sed de infinito y una necesidad tan grande de amar que El solo puede llenar. Entonces voy a El como va el niño a su madre, para que El llene, invada todo y me tome y lleve en sus brazos. Me parece que hay que ser muy sencillos con el Señor.

Al abate Chevignard

[25 de enero de 1904]

Anno Christum

Señor abate:

Dice San Pablo que «no somos ya huéspedes o extranjeros, sino de la Ciudad de los Santos o de la Casa de Dios» (Ef. 2, 19)... Es ahí, en ese mundo sobrenatural y divino, donde habitamos ya por la fe, donde mi alma se siente muy cerca de la suya, en el abrazo del Dios todo amor. Su amor, su «demasiado amor» (Ef. 2, 4), para usar una vez más el lenguaje del Apóstol, ésa es mi visión en la tierra. Señor abate, ¿comprenderemos nosotros algún día cuánto somos amados? Me parece que esa es la ciencia de los santos. San Pablo, en sus magníficas cartas, no predica otra cosa que este misterio de la caridad de Cristo. (...) Gusta a mi alma unirse a la de usted en una misma oración por la Iglesia y por la diócesis. Ya que Nuestro Señor mora en nuestras almas, su oración es nuestra y yo quisiera estar de continuo en comunión con ella, manteniéndome como un pequeño vaso junto a la Fuente, el Manantial de vida (Ap. 7, 17; 21, 6), para poder después comunicarla a las almas, dejando desbordar sus olas de caridad infinita. «Yo me santifico por ellos, para que ellos sean también santificados en la verdad» (Jn. 17, 19). Hagamos nuestra esta palabra de nuestro Maestro adorado. Sí, santifiquémonos por las almas. Y ya que somos todos miembros de un solo cuerpo (I Cor. 12), en la medida en que tengamos la vida divina podremos comunicarla al gran cuerpo de la Iglesia. Hay dos palabras que a mi modo de ver resumen toda la santidad, todo el apostolado: «Unión, Amor.» Pida que yo las viva plenamente y para esto que permanezca engolfada en la Santísima Trinidad. No podría usted desearme nada mejor.

Al abate Chevignard

[29 de noviembre de 1904]

Señor abate:

Dice San Agustín «que el amor, olvidándose de su propia dignidad, desea elevar y engrandecer al ser amado. El no tiene otra medida que ser sin medida». Pido a Dios que le llene con esta medida sin medida, es decir, según «las riquezas de su gloria» (Ef. 3, 16), que el peso de su amor le arrastre hasta aquella feliz pérdida de que hablaba el Apóstol cuando decía: «Vivo enim iam non ego, vivit vero in me Christus» (Gal. 2, 20). Tal es el sueño de mi alma de carmelita y creo que también el de su alma sacerdotal. Pero lo es sobre todo el de Cristo, y le pido que lo realice plenamente en nuestras almas. Seámosle en cierta manera una especie de humanidad prolongada, en la que pueda renovar todo su misterio. Le he pedido que se establezca en mí como Adorador, como Reparador y como Salvador, y no puedo decirle la paz que da a mi alma pensar que El suple mis impotencias

y que, si caigo continuamente, El está allí para alzarme y llevarme más en El, al fondo de esa esencia divina en la que habitamos ya por la gracia y donde querría sepultarme tan profundamente que nadie me pueda hacer salir. Es allí donde mi alma encuentra la de usted, y con ella me callo para adorar juntos a Aquel que nos ha amado tan divinamente. (...)¿No cree que para llegar al anonadamiento, al desprecio de uno mismo y al amor al sufrimiento, que estaba en el fondo del alma de los santos, es necesario contemplar durante largo tiempo al Dios crucificado por amor, recibir como una emanación de su virtud (Lc. 6, 19) por un contacto continuo con El? El P. Vallée nos decía un día que «el martirio era la respuesta de toda alma noble al Crucificado». Me parece que esto se puede decir también de la inmolación. Seamos, pues, almas sacrificadas, es decir, verdaderas en nuestro amor: «Me amó y se entregó por mí» (Gal. 2, 20).

¡Adiós, señor abate. Vivamos de amor, de adoración, de olvido de nosotros mismos, en la paz alegre y confiada, pues «nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios» (I Cor. 3, 23).

Al canónigo Angles

[Principios de enero de 1905]

Querido señor canónigo:

He pedido mucho por usted a mi real Esposo, y le he pedido que le dé lo mejor que tenga de sus tesoros: ¿no es Jesús, El mismo, el don de Dios? (Jn 4, 10). Cada día me hace experimentar mejor lo dulce que es ser suya, de El solo, y mi vocación de carmelita me lleva a la adoración y a la acción de gracias. Sí, es verdad lo que dice San Pablo: «El ha amado demasiado» (Ef. 2, 4) a su Isabelita. Pero el amor reclama amor, y no pido al Señor otra cosa más que comprender esta ciencia de la caridad de que habla San Pablo (Ef. 3, 18-19), de la cual querría mi corazón sondear toda su profundidad. Esto será el cielo, ¿no es verdad? Pero me parece que se puede comenzar en la tierra, ya que se le posee a El, y se puede perseverar en su amor a través de todas las cosas (Jn. 15, 9). Esto es lo que me ha hecho comprender en mis Ejercicios particulares, que tuve la suerte de hacer en el mes de octubre; diez días de silencio total, de soledad absoluta. (...) ¡Ah, si usted supiese cómo mi corazón es siempre el mismo!... ¿Qué digo? El se agranda, se ensancha al contacto del Dios Amor.

Al abate Chevignard

[Hacia el 25 de junio de 1905]

Señor abate:

Había pedido a nuestra Reverenda Madre permiso para escribirle, para decirle que mi alma era una con la suya en estos últimos días que preceden a su ordenación, pero he aquí que al acercarme a usted, ante el gran misterio que se prepara, no sé más que callarme... y adorar los excesos de amor de nuestro Dios.

Usted puede cantar su «Magnificat» con la Virgen y exultar en Dios su Salvador, porque el Todopoderoso hace en usted grandes cosas (Lc. 1, 49) y su misericordia es eterna (Sal. 135, 1)... Además, como María, «conserva todo esto en su corazón» (Lc. 2, 19, 51), acérquele al suyo, pues esta Virgen sacerdotal es también «madre de la divina gracia», y, en su amor, ella quiere prepararle a ser «ese sacerdote fiel, enteramente según el corazón de Dios» (I Sam. 2, 35), de que El habla en la Sagrada Escritura. (...) Jesús, el sacerdote eterno, decía a su Padre al entrar en el mundo: «Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb. 10, 7; Sal. 39, 10-11). Me parece que en la hora solemne de su entrada en el sacerdocio ésta debe ser también su oración, y me gusta hacerla con usted...

A su hermana

[8 de octubre de 1905]

Mi querida hermanita:

El lunes, cuando me preguntaste cuándo haría mis Ejercicios, no sabía que el Señor y nuestra Reverenda Madre los preparaban para esta noche. Te escribo para pedirte San Juan de la Cruz para mi largo viaje. Te lo devolveré, una vez acabados, el tiempo que quieras. Estoy muy contenta de que él te haga provecho... Llevo tu almita con la mía. Ruega mucho por tu, Sabel y no se te olvide hacer rezar a tu angelito por su pequeña tata, para que ella corresponda plenamente a las gracias de su Maestro. Seamos santas, hermanita, porque «El es santo», y para esto no cesemos de amar. Os envío, madre y bebés, lo mejor de mi corazón.

A su madre

[12 de junio de 1906]

Mi querida madrecita:

¡Qué alegría saber que estás con ella, con mi hermanita y el buen Carlos! Yo estoy también con vosotros, y no creo que lo pongáis en duda, pues ese dulce hogar ¿no era en otro tiempo también el mío? ¡Me sentía hija de la casa! Creo que el alma de tu carmelita asiste contigo al triunfo en honor de nuestras beatas mártires. ¡Oh, qué dicha si tu hija pudiera dar también a su Dios el testimonio de su sangre! Esto merecería su sueño del cielo. Pero el cielo, en verdad, ella le ha encontrado en la tierra. Esta mañana se lo decía a nuestra Madre. Oh, ya ves, hay un dicho de San Pablo que es como un resumen de mi vida y se podría escribir sobre cada uno de sus instantes: «Propter nimiam charitatem.» Sí, todas estas oleadas de gracias son «porque El me ha amado» (Ef. 2, 4). Mamá querida, amémosle, vivamos con El como con un ser amado del que no podemos separarnos. Ya me dirás si progresas en el camino del recogimiento en la presencia de Dios y si corres con fidelidad los granos de la decena. Ya sabes que soy la madrecita de tu alma; por eso estoy llena de solicitud por ella. Recuerda estas palabras del Evangelio: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc. 17, 21). Entra en ese pequeño reino para adorar al Soberano que en él reside como en su propio palacio. Te ama tanto...

Al Padre Vallée

[2 de agosto de 1906]

Carmelo, 2 de agosto.

Mi Reverendo Padre:

Creo que el año próximo le felicitaré con Santo Domingo en «la heredad de los Santos en la luz» (Col. 1, 12). Este año es todavía en el cielo de mi alma, donde me recojo para hacerle una fiesta muy íntima, y necesito decírselo. Necesidad, también, Padre mío, de pedir su oración para que yo sea siempre fiel, para que esté siempre en vela y para que suba mi calvario como esposa del Crucificado. «A los que Dios ha conocido en su presciencia les ha predestinado también para ser conformes con la imagen de su Hijo (Rm. 8, 29). ¡Oh, cuánto me gusta este pensamiento del gran San Pablo! El da paz a mi alma. Pienso que en su gran amor El me ha conocido, llamado, justificado, y, esperando que me glorifique (Rm. 8, 30), quiero ser la alabanza incesante de su gloria (Ef. 1, 12). Padre mío, pídale por su hijita. ¿Se acuerda? Hace cinco años, un día como hoy, yo llamaba a la puerta del Carmelo y usted estaba allí para bendecir mis primeros pasos en la santa soledad; ahora es a las puertas eternas adonde iremos (Sal. 23, 7), y le pido inclinarse una vez más sobre mi alma para bendecirla en el umbral de la Casa del Padre. Cuando esté en el gran Hogar de amor, en el seno de los Tres, hacia los cuales usted orientó mi alma, no olvidaré lo que usted ha sido para mí, y a mi vez querría dar algo a mi Padre, de quien tanto he recibido. ¿Me atreveré a expresarle un deseo? Me alegraría mucho recibir unas líneas tuyas en las que me diga cómo debo realizar el plan divino de ser conforme a la imagen del Crucificado.

Adiós, mi Reverendo Padre. Le pido me bendiga en nombre de los Tres y me consagre a ellos como una pequeña hostia de alabanza.

A la señora de Sourdon

[18 de septiembre de 1906]

Querida señora:

Aunque muy enferma, nuestra Reverenda Madre me permite enviarla estas líneas, pues sería un sacrificio demasiado grande para mi corazón guardar silencio en una prueba que llega tan profundamente al suyo. ¿Tendrá la bondad de decir al señor José y a sus hermanas lo que pido por ellos, cómo comparto su dolor, y que estoy demasiado débil para poderse lo decir personalmente? Pienso ir muy pronto a reunirme con la querida difunta. Querida señora, ella ha ido a la Vida, a la Luz, al Amor, después de haber pasado por la «gran tribulación» (Ap. 7, 14), pero son a estos que han pasado por este camino real a los que San Juan nos muestra con «la palma en la mano, sirviendo a Dios día y noche en su templo. mientras El enjuga toda lágrima de sus ojos» (Ap. 7, 9-15 y 17). Jamás había comprendido mejor que el sufrimiento es el mayor testimonio de amor que Dios puede dar a su criatura, y no sospechaba que en el fondo del cáliz había tanto sabor para aquel que ha bebido todas las heces. Querida señora, es una mano paternal, una mano de ternura infinita la que nos ofrece el dolor. Oh, sepamos superar la amargura de este dolor para encontrar en él nuestro reposo. Ruego por sus intenciones y la amo como a una madre.

A su madre

[Hacia el 21 de septiembre de 1906]

Mi querida madrecita:

Me he emocionado al recibir tus hermosas muestras; me parecía que me traían todo tu corazón. Estáte tranquila por lo que a mí se refiere. Ya sabes qué Madre vela por todas mis necesidades. Cuando se trata de mí no hay cuestión de pobreza, sino sólo de caridad. Tengo una pequeña estufa de loza en nuestra celda. Querían encenderla y he pedido que esperen un poco, pues una vez acostumbrada a ella no podría dejar la estufa y entonces adiós a la tribunilla que tanto quiero.

En cuanto al vestido, nuestra Reverenda Madre ha pedido a nuestro proveedor habitual una hermosa tela afelpada del color de nuestros hábitos y se me hará una ropa de enferma, lo más caliente posible. Ya ves que nuestra Madre no mira en nada y yo estoy un poco confusa. Esta buena Madre ha pensado que esto será más práctico que tu manta. Por ejemplo, ya que quieres hacerme algo, nuestra Madre piensa que con ese tejido podrías hacerme una falda; la que me dio Guita está muy gastada y casi no calienta y pesa mucho; la que harás tú tendrá la ventaja de ser caliente y ligera, y además tu Sabel estaría tan contenta de llevar algo hecho por su mamá querida. (...) Muchas gracias adelantadas, mamá querida. Mientras vas a trabajar por vestirme, voy yo también a trabajar por tu alma. El sufrimiento me atrae cada vez más. Este deseo es casi mayor que el del cielo, que, sin embargo, era muy fuerte. Nunca el Señor me había hecho comprender tan claramente que el dolor es la mayor prenda de amor que El pueda dar a su criatura. ¡Oh!, ya ves, a cada nuevo sufrimiento beso la cruz de mi Maestro y le digo: «gracias, no soy digna», pues pienso que el sufrimiento fue el compañero de su vida, y yo no merezco ser tratada como El por su Padre. (...) Toda alma oprimida por el dolor, en cualquier forma que se presente, puede decirse: Yo habito con Jesucristo, vivimos en la intimidad y la misma morada nos abriga. La santa de quien te acabo de hablar dice que la señal por la que conocemos que Dios está en nosotros y que su amor nos posee es recibir no sólo con paciencia, sino con gratitud, lo que nos hiere y nos hace sufrir. Para llegar aquí es necesario contemplar al Dios crucificado por amor, y esta contemplación, si es verdadera, conduce infaliblemente al amor del

sufrimiento. Mamá querida, recibe a la luz que brota de la cruz todas las pruebas, todas las contrariedades, todo proceder poco amable. Es de este modo como el Señor ha querido que se avance en los caminos del amor. ¡Oh, dale gracias por mí! Soy tan, tan feliz. Quisiera poder sembrar un poco de felicidad en aquellos a quienes amo.

A la Madre Germana de Jesús

[Octubre de 1906]

11 horas. Desde el Palacio del dolor y de la bienaventuranza. Mi Madre querida, mi sacerdote amado:

Vuestra pequeña alabanza de gloria no puede dormir, ella sufre. Pero en su alma, aunque hay angustia, se va haciendo la calma y ha sido su visita la que me ha traído esta paz celestial. Su corazoncito tiene necesidad de decírselo, y en su tierno reconocimiento ora y sufre incesantemente por usted. ¡Oh, ayúdeme a subir mi Calvario! ¡Siento tan fuerte el poder de su sacerdocio sobre mi alma y tengo tanta necesidad de usted! Madre mía, siento a los Tres muy cerca de mí. Estoy más abrumada por la felicidad que por el dolor. Mi Maestro me ha recordado que ésta era mi morada y no debía escoger mis sufrimientos. Me sumerjo, pues, con El en el dolor inmenso, con todo temor y angustia.

A la señora de Sourdon

[9 de octubre de 1906]

Muy querida señora:

Es mi corazón quien se encarga de hacer avanzar este lápiz, porque los dedos ya carecen de fuerza. Quiero, con todo, responder a su cariñosa carta y decirle que ruego por sus intenciones sobre vuestra querida María Luisa, por la querida difunta, para que Dios, rico en misericordia, la introduzca en la herencia de su gloria (Ef. 2, 4, y 1, 18), pues hay que estar tan puros para contemplar su Faz... Me pide usted que me ponga en relación con ella. ¡Si usted supiera cómo vivimos de la fe en el Carmelo y cómo excluimos en nuestras relaciones con Dios la imaginación y el sentimiento!... Me extrañó que me dijese esto, pero pienso que soy yo quien ha interpretado mal su pensamiento. Oh, sí, con mucho gusto me uno a su querida difunta, entro en comunión con ella y la encuentro en Aquel de quien vive únicamente. Por consiguiente, cada vez que me acerco a Dios, la fe me dice que me acerco también a ella. (...) Oh, no se desanime por nuestra pequeña María Luisa. Usted no ha leído en el gran Corazón del Señor, no sabe todo el amor que él encierra y cómo en su paternidad El se ocupa y piensa en usted. Oh, créame y deje en mis manos todo. Yo no la olvido, y le aseguro que en mi cruz gozo de alegrías desconocidas. Comprendo que el dolor es la revelación del Amor y me precipito a él; es mi residencia amada, allí donde encuentro la paz y el descanso; es allí donde estoy segura de encontrar a mi Maestro y de permanecer con El. Adiós, querida señora. Esta vez creo que no tardará mucho en venir a buscarme. Usted forma parte de mi corazón. La llevo, pues, conmigo para que esté presente sin cesar ante la Faz de Dios. La abrazo como a una madre amada.

A su madre

[Hacia el 20 de octubre de 1906]

Mi querida madrecita:

¿Cómo dejar de darte las gracias por tus dulces, que me llegan hasta el fondo del corazón? Tus Kalougas son excelentes. Con ellos he notado algún cambio, ya que me duele constantemente el corazón. Voy perdiendo el olfato. La señora Farrat me ha enviado una bonita caja que contenía 30 Kalougas variados, unos al pistacho, otros de fruta, y los hay

también al café. Pero no son mejores que los tuyos y no sabría distinguirlos. ¡Ya ves que rivalizas con los «especialistas»!... Me dan lástima todos estos dulces por mi paladar enfermo, que ni siquiera lo huele ya. Pero mi corazón está lleno de reconocimiento hacia mi madrecita querida. Nuestra Madre me ha dicho lo feliz que serías haciéndome estos bombones. ¡Cuántas veces hablamos de ti!... (...)Oh, mamá querida, esto me ha traído recuerdos!... Hay un Ser, que es el Amor, que quiere que vivamos en sociedad (I Jn. 1, 3) con El. Oh, mamá, esto es delicioso. Es El el que me acompaña, el que me ayuda a sufrir, el que me hace olvidar mi dolor para descansar en El. Haz lo mismo. Verás cómo esto transforma todo.

C 337 A la Madre Germana de Jesús

[Ultimos días de octubre de 1906]

El texto de la carta forma el

Tratado espiritual IV, «Déjate amar».

A la Rvda. Madre Germana de Jesús Priora de la Comunidad

[Carmelo de Dijon]

Noviembre 1906

1. Mi Madre querida, mi sacerdote santo.

Cuando leáis estas páginas, vuestra pequeña Alabanza de gloria no cantará más en la tierra, sino habitará en el inmenso Hogar de amor. Podréis, por tanto, crearla y escucharla como «mensajero» del buen Dios. Madre querida, hubiera querido deciros todo lo que habéis sido para mí; pero la hora es tan grave, tan solemne... No quiero detenerme a deciros cosas que creería disminuirlas diciéndolas con palabras. Lo que va a hacer vuestra hija es revelaros lo que siente, o, con más verdad, lo que su Dios le ha hecho comprender en horas de profundo recogimiento, de contacto unificante.

2. «Vos sois amada extraordinariamente» amada con el amor de preferencia que tuvo el Maestro en la tierra hacia algunos y que los llevó tan lejos. El no os dice como a Pedro: «¿Me amas más que éstos?». Madre, escuche lo que le dice: «¡Déjate amar más que éstos!», es decir, sin temer que algún obstáculo sea obstáculo. porque yo soy libre para derramar mi amor en quien me place. "Déjate amar más que éstos", ésa es tu vocación, y siendo fiel a ella me harás feliz, porque engrandecerás el poder de mi amor. Este amor sabrá rehacer lo que hubieres deshecho. "Déjate amar más que éstos".

3. Madre tan querida, ¡si supieseis con qué certeza comprendo el plan de Dios sobre vuestra alma! El se me presenta lleno de una inmensa luz, y comprendo que allá en el cielo voy a cumplir, a mi vez, un sacerdocio para vuestra alma. Es el Amor quien me asocia a su obra en vos. ¡Oh, Madre, cuán grande y adorable es de parte de Dios! ¡Qué simple para vos, y esto precisamente es lo que la hace tan luminosa! Madre, Déjese amar más que los otros. Esto explica todo e impide al alma extrañarse...

4. Si se lo permitís, vuestra pequeña hostia pasará su cielo en el fondo de vuestra alma. Ella os conservará en comunión con el Amor, creyendo al Amor; esto será la señal de su habitación en vos. ¡Oh, en qué intimidad vamos a vivir! Madre querida, que vuestra vida se desarrolle también en el cielo, donde cantaré en vuestro nombre el Sanctus eterno; no haré nada sin vos ante el trono de Dios. Sabéis bien que llevo vuestro sello y que algo de vos misma ha aparecido con vuestra hija delante de la Faz de Dios. Os pido también que no hagáis nada sin mí, me lo habéis permitido. Vendré a vivir en vos, y esta vez seré vuestra madrecita. Yo os instruiré, para que mi visión os aproveche, participéis en ella y así viváis la vida de los bienaventurados.

5. Madre venerada, madre consagrada para mí desde la eternidad, al partir os lego la vocación que fue mía en el seno de la Iglesia militante y que cumpliré en adelante incesantemente en la Iglesia triunfante: «Alabanza de gloria de la Santa Trinidad». Madre, «Dejaos amar más que éstos». Es de esta manera como vuestro Maestro quiere que vos seáis alabanza de gloria. El se alegra de construir (Col. 2, 7) en vos por su amor y para su gloria, y es El solo el que quiere obrar, aunque no hayáis hecho nada para obtener esta gracia, sino lo que hace la criatura: pecados y miserias... El os ama así. El os ama "más que a éstos". El lo hará todo en vos, y llegará hasta el final; pues cuando un alma es amada por El hasta este punto, de esta manera, amada con un amor inmutable y creador, con un amor libre que transforma como a El le agrada, ¡oh, qué lejos va esa alma!

6. Madre, la fidelidad que os pide el Maestro es de permanecer en comunión con el Amor, de derramaros, de enraizaros (Ef. 3, 17) en este Amor que quiere marcar vuestra alma con el sello de su potencia y grandeza. No seréis superficial si estáis despierta en el amor. Pero en las horas que no sintáis más que el decaimiento, el cansancio, le agradeceréis todavía, si sois fiel en creer que El obra aún, que os ama de todos modos, y más aún: porque su amor es libre y es así como quiere engrandecerse en vos. Y vos os dejaréis amar «más que éstos». Esto es, creo, lo que quiere decir... ¡Vivid en el fondo de vuestra alma!. Mi Maestro me hace comprender con claridad que allí quiere crear cosas adorables. Estáis llamada a rendir homenaje a la simplicidad del Ser divino y a engrandecer la potencia de su Amor. Creed a su «mensajero» y leed estas líneas como venidas de El.

[Isabel ilustra ahora sus convicciones con una larga cita de Santa Angela de Foligno. Todo son palabras dirigidas por Jesús o el Espíritu Santo a Santa Angela.]

7. «¡Oh, yo te amo, yo te amo más que a otras personas de este mundo!... Soy 'yo' quien vengo y te traigo la alegría desconocida... Voy a entrar en el fondo de ti.

¡Oh, mi esposa! ¡Me he posado y reposado en ti; ahora poséete y repósate en mí!

¡Amame! ¡Toda tu vida me agradecerá con que me ames!... ¡Haré en ti grandes cosas, seré conocido en ti, glorificado, clarificado en ti!...»

EL CIELO EN LA TIERRA (Julio, 1906)

(fragments)

7. «Date prisa a bajar, porque es necesario que hoy me hospede en tu casa» (Lc. 19, 5). El Maestro repite sin descanso a nuestra alma esta palabra que un día dirigió a Zaqueo. «Date prisa a bajar.» Pero ¿cuál es, entonces, esta bajada que El exige de nosotros sino una entrada más profunda en nuestro abismo interior?. Este acto no es "una separación exterior de las cosas exteriores", sino una "soledad del espíritu", un desasimiento de todo lo que no es Dios.

13. «Deus ignis consumens». Nuestro Dios, escribía San Pablo, es un fuego devorador, es decir, "un fuego de amor" que destruye y "transforma en sí mismo todo cuanto toca". "Las delicias de este divino abrazo son renovadas en el fondo de nosotros mediante una actividad jamás interrumpida. Es el abrazo del amor en una complacencia mutua y eterna. Es una renovación que se hace continuamente en el vínculo del amor". Algunas almas "han escogido este asilo para descansar allí eternamente, y éste es el silencio en que ellas en cierto modo se han perdido". "Sacadas de su prisión navegan por el océano de la Divinidad sin que ninguna creatura les sea obstáculo o les moleste".

20. «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y creído en él» (I Jn. 4, 16). En esto consiste el grande acto de nuestra fe; es el medio de dar a Dios amor por amor; es «el secreto escondido» en el corazón del Padre de que habla San Pablo, en el que nosotros penetramos al fin, con estremecimiento de toda nuestra alma (Col. 1, 26). Cuando ella sabe creer en este «demasiado amor» (Ef. 2, 4) para con ella, se puede decir, como se dice de Moisés: «Perseveró firme en su fe como si hubiera visto al invisible» (Heb. 11, 27). Tal alma no se detiene en los consuelos o sentimientos; le importa poco sentir a Dios o no sentirle, si le da alegría o sufrimiento: ella cree en su amor. Cuanto más probada es, más crece su fe, porque ella pasa por encima de todos los obstáculos para ir a reposarse en el seno de Amor infinito, que no puede hacer sino obras de amor. A esta alma, siempre alerta en su fe, la voz del Maestro puede decirle en su secreto íntimo la palabra que un día dirigió a María Magdalena: «Vete en paz, tu fe te ha salvado» (Lc. 7, 50).

21. «Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo será luminoso» (Mt. 6, 22). ¿Qué otra cosa es ese ojo simple de que nos habla el Maestro sino esa "simplicidad de intención" que "reduce a la unidad todas las fuerzas dispersas del alma y une a Dios el mismo espíritu? Es la simplicidad la que rinde a Dios honor y alabanza, la que le presenta y ofrece las virtudes. Después, penetrándose y trascendiendo su ser, penetrando y trascendiendo todas las criaturas, encuentra a Dios en su profundidad. Ella es el principio y el fin de las virtudes, su esplendor y su gloria. Llamo intención simple la que no mira sino a Dios, dirigiendo todas las cosas a Dios". "Es ella la que coloca al hombre en presencia de Dios, la que le comunica luz y valor, la que la hace vacío y libre de todo temor hoy y en el día del juicio." "Ella es la tendencia interior" y "el fundamento de toda la vida espiritual". "Ella pisotea la naturaleza perversa, da la paz, impone silencio a los ruidos vanos que se levantan en nosotros." Es ella la que "aumentará de hora en hora nuestra semejanza divina. Y después, dejando de lado los intermediarios, nos transportará a la profundidad donde Dios habita y nos dará el reposo del abismo. La herencia que el Señor nos ha preparado en la eternidad nos la dará la sencillez. Toda la vida de los espíritus y toda su virtud consiste, juntamente con la semejanza divina, en la simplicidad, y su reposo supremo en la altura también se realiza en la simplicidad". "Y siguiendo la medida de su amor cada espíritu posee una búsqueda de Dios más o menos profunda en su propia profundidad". El alma simple, "elevándose en virtud de su mirada interior, se concentra en sí misma y contempla en su propio abismo el santuario donde ella es tocada", con un toque de la Trinidad santa. Ella ha penetrado así en su profundidad "hasta su fundamento, que es la puerta de la vida eterna"

31. «Dios nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, en unión con El, conforme al decreto de su voluntad, para hacer resplandecer la gloria de su gracia, por la que nos justificó en su Hijo querido, en quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que ha sobreabundado en nosotros con toda sabiduría y prudencia» (Ef. 1, 58). "El alma que ha llegado realmente a ser hija de Dios es, según el Apóstol, movida por el mismo Espíritu Santo: «Todos los que son movidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios»". Y en otro lugar: «Nosotros no

hemos recibido el espíritu de servidumbre para movernos todavía por el temor, sino el espíritu de adopción de hijos, por el que clamamos: '¡Abba, Padre!' En efecto, el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Pero si somos hijos, somos también herederos; digo herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, supuesto que suframos con El, para ser glorificados con El» (Rm. 8, 15-17). "Dios nos ha creado a su imagen y semejanza para hacernos llegar hasta este abismo de gloria". «Ved, dice San Juan, qué amor nos ha mostrado el Padre concediendo ser llamados hijos de Dios, y de serlo de hecho... Ya desde ahora somos hijos de Dios y todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando El se manifieste seremos semejantes a El, porque le veremos según es. Y todo el que tiene esta esperanza en El se santifica, como El mismo es santo» (I Jn. 3, 13).

35. «Dios, que es rico en misericordia, movido de su mucho amor, cuando estábamos muertos por nuestros pecados, nos dio la vida en Jesucristo» (Ef. 2, 45). «Porque todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios; son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien Dios ha preestablecido como propiciación por los pecados, mostrando juntamente que El es justo y que justifica a quien tiene fe en El» (Rm. 3, 23-26) (San Pablo).

"El pecado es un mal tan espantoso que no debe cometerse ni para conseguir cualquier bien ni para evitar cualquier mal." "Ahora bien, nosotros hemos cometido muchos." ¿Cómo podemos no "desfallecer en adoración cuando nos arrojamos al abismo de la misericordia y los ojos de nuestra alma se fijan en este hecho: Dios nos ha perdonado los pecados?". El lo ha dicho: «Borraré todas sus iniquidades y no me acordaré más de sus pecados» (Is. 43, 25).

"El Señor en su clemencia ha querido dirigir nuestros pecados contra ellos mismos y en favor nuestro. El ha encontrado el medio de hacénnosles útiles, de convertirlos en nuestras manos en instrumentos de salvación. Que esto no disminuya en nada ni nuestro miedo de pecar ni nuestro dolor de haber pecado. Pero nuestros pecados" "se han convertido para nosotros en una fuente de humildad"

37. "Si alguno dijera que haber encontrado este fondo es vivir sumergido en la humildad, yo no le desmentiría. Me parece, sin embargo, que estar sumergido en la humildad es estar sumergido en Dios, porque Dios es el fondo del abismo. Por eso la humildad, como la caridad, puede crecer siempre". "Ya que ese fondo de humildad es el vaso que se necesita, el vaso capaz de la gracia que Dios quiere arrojar en él", seamos "humildes". "Jamás el humilde colocará a Dios demasiado alto, ni a sí mismo demasiado bajo. Y ésta es la maravilla: su impotencia se convertirá en sabiduría, y la imperfección de su acto, siempre deficiente a sus ojos, será el mayor gusto de su vida. Quien posee un fondo de humildad no tiene necesidad de muchas palabras para instruirse. Dios le dice más cosas que las que se le pueden enseñar; los discípulos de Dios se encuentran en esta situación"

40. Me parece que la actitud de la Virgen durante los meses transcurridos entre la Anunciación y el Nacimiento es el modelo de las almas interiores; de esos seres que Dios ha escogido para vivir dentro de sí, en el fondo del abismo sin fondo. ¡Con qué paz, con qué recogimiento María se sometía y se prestaba a todas las cosas! ¡Cómo, aun las más vulgares, eran divinizadas por Ella! Porque a través de todo la Virgen no dejaba de ser la adoradora del don de Dios. Esto no la impedía entregarse a las cosas de fuera cuando se trataba de ejercitar la caridad. El Evangelio nos dice que María subió con toda diligencia a las montañas de Judea para ir a casa de su prima Isabel (Lc. 1, 39-40). Jamás la visión inefable que ella contemplaba en sí misma disminuyó su caridad exterior. Porque, como

dice un autor piadoso, si la contemplación "tiende hacia la alabanza y a la eternidad de su Señor, ella posee la unidad y nunca la perderá. Si llega un mandato del cielo, ella se vuelve hacia los hombres, se compadece de todas sus necesidades, se inclina hacia todas sus miserias. Es necesario que ella lllore y que ella fecunde. Alumbra como el fuego; como él, ella quema, absorbe y devora, elevando hacia el cielo lo que ha devorado. Y una vez que ha acabado su misión en la tierra se remonta y emprende nuevamente, ardiendo en su fuego, el camino de la altura"

EL CIELO EN LA TIERRA (Julio, 1906)

DIA PRIMERO

1. «Padre, quiero que allí donde yo estoy estén conmigo los que me diste, para que ellos contemplen la gloria que me habéis dado, porque me has amado antes de la creación del mundo» (Jn. 17, 24).

2.

Tal es la última voluntad de Cristo, su plegaria suprema antes de volver al Padre. Quiere que donde está El estemos también nosotros, no sólo durante la eternidad, sino ya en el tiempo, que es la eternidad comenzada, aunque siempre en constante progreso. Importa, pues, saber dónde debemos vivir con El para realizar su sueño divino. "El lugar donde está escondido el Hijo de Dios es el seno del Padre, que es la esencia divina, la cual es ajena a todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento", lo que hizo decir a Isaías: «Verdaderamente, tú eres Dios escondido» (Is. 45, 15). Y, sin embargo, su voluntad es que nosotros seamos fijados en El, que habitemos donde El habita, en la unidad de amor, que seamos, por decirlo así, como su propia sombra

2. Por el bautismo, dice San Pablo, hemos sido injertados en Jesucristo. Y también: «Dios nos ha hecho sentar en los cielos en Jesucristo para mostrar a los siglos venideros las riquezas de su gracia» (Ef. 2, 67). Y más adelante: «Vosotros ya no sois huéspedes o extranjeros, sino conciudadanos de los santos y de la casa de Dios» (Ef. 2, 19). La Trinidad, he ahí nuestra morada, nuestra «casa», la casa paterna, de donde no debemos salir jamás. El Maestro lo ha dicho un día: «El esclavo no permanece en casa para siempre, pero el hijo permanece siempre» (Jn. 8,35)

DIA NOVENO

22. «Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pe. 1, 16; Lev. 11, 44-45). ¿Quién es, pues, el que puede dar un mandamiento semejante?... El mismo ha revelado su nombre, el nombre que le es propio, que El solo puede llevar. «Yo soy, dijo El a Moisés, el que soy» (Ex. 3, 14), el solo viviente, el principio de todos los demás seres. «En El, dice el Apóstol, tenemos el movimiento, el ser y la vida» (Heb. 17, 28). «¡Sed santos, porque yo soy santo!» Es éste, me parece, el mismo deseo que manifiesta el día de la creación, cuando Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen. 1, 26). ¡Es siempre el deseo del Creador identificarse, asociarse a su criatura! San Pedro dice que «hemos sido hechos partícipes de la naturaleza divina» (II Pe. 1, 4). San Pablo recomienda que conservemos "ese principio de su Ser" (Heb. 3, 14) que El nos ha dado. Y el discípulo amado nos dice: «Desde ahora nosotros somos hijos de Dios, y no ha aparecido todavía lo que seremos. Sabemos que, cuando El se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es. Y todo el que tiene esta esperanza en El, se santifica, como El mismo es santo» (I Jn. 3, 23). Ser santo como Dios es santo, tal es, parece, la medida de los hijos de su amor.

¿No ha dicho el Maestro: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto»? (Mt. 5, 48).

23. Hablando con Abraham le dijo Dios: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gen. 17, 1). Aquí está, por consiguiente, el medio para llegar a la perfección que nuestro Padre celestial nos pide. San Pablo, después de haberse sumergido en los divinos consejos (Ef. 1, 11), revelaba bien esto a nuestras almas escribiendo «que Dios nos ha elegido en El antes de la creación, para que seamos inmaculados y santos en su presencia en el amor» (Ef. 1, 4). Todavía, a la luz de este mismo Santo, me voy a declarar, para caminar, sin rodeos, por este camino magnífico de la presencia de Dios, en el que el alma camina "sola con el Solo", conducida por la «fortaleza de su diestra» (Lc. 1, 51), «bajo la protección de sus alas, sin temer a los espantos nocturnos, ni la flecha que vuela de día, ni al mal que se desliza en las tinieblas, ni los asaltos del demonio meridiano...» (Sal. 90, 4-6).

24. «Si vivís según la carne, dice también el Apóstol, moriréis; pero si mortificáis por el espíritu las obras de la carne, viviréis» (Rm. 8, 13). He aquí la muerte que Dios pide, de la que se dice: «La muerte ha sido absorbida por la victoria» (I Cor. 15, 54). «¡Oh, muerte, yo seré tu muerte, dice el Señor!» (Os. 13, 14), es decir: ¡Oh, alma, mi hija adoptiva, mírame y te perderás de vista; vuélcate toda entera en mi Ser, ven a morir en Mí, para que yo viva en ti!...

DIA DECIMO

25. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48). Cuando mi Maestro me hace escuchar esta palabra en el fondo del alma, me parece que me pide vivir como el Padre «en un eterno presente», "sin antes ni después", sino toda entera en la unidad de mi ser en este «ahora» eterno. ¿Cuál es este presente? He aquí que David me responde: «Se le adorará siempre por ser quien es» (Sal. 71, 15).

He aquí el presente eterno en el que «Laudem Gloríae» debe estar fija. Pero para que ella sea auténtica en esta actitud de adoración, para que pueda cantar: «Despierto a la aurora» (Sal. 56, 9), es necesario que pueda decir con San Pablo: «He perdido todo por su amor» (Flp. 3, 8); es decir, por El; para adorarle siempre, me he "aislado, separado, despojado" de mí misma y de todas las cosas, tanto en el orden natural como en el sobrenatural con relación a los dones de Dios. Porque un alma que no está así «destruída y librada» de sí misma tendrá que ser a la fuerza en algunas ocasiones superficial y natural, y esto no es digno de una hija de Dios, de una esposa de Cristo, de un templo del Espíritu Santo. Para premunirse contra esta vida natural es necesario que el alma esté toda despierta en su fe con la mirada puesta en el Maestro. Entonces ella «caminará, como cantaba el rey profeta, en la rectitud de su corazón, por el interior de la casa». Entonces ella «adorará siempre a su Dios por ser quien es» y vivirá a su imagen, en el eterno presente en que El vive...

26. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» Dios, dice San Dionisio, es el «gran solitario». Mi Maestro me pide imitar esta perfección, rendirle homenaje siendo una gran solitaria. El Ser divino vive en una soledad eterna, inmensa; El no sale jamás de ella, aun interesándose por las necesidades de sus criaturas, porque no sale jamás de Sí mismo. Y esta soledad no es otra cosa que su divinidad.

Para que nada me saque de este hermoso silencio interior hay que guardar siempre las mismas condiciones, el mismo aislamiento, la misma separación, el mismo despojo. Si mis deseos, mis temores, mis alegrías, y mis dolores, si todos los movimientos provenientes de

estas «cuatro pasiones» no están perfectamente ordenados a Dios, no seré un alma solitaria, y habrá en mí ruido. Es necesario, pues, el sosiego, el «sueño de las potencias», la unidad del ser. «Escucha, hija mía, inclina el oído, olvida a tu pueblo y la casa paterna, y el Rey será cautivo de tu belleza» (Sal. 44, 12-13). Me parece que esta llamada es una invitación al silencio: escucha... inclina el oído... Pero para oír hay que olvidar «la casa de su padre», es decir, todo lo atinente a la vida natural, esa vida de la que quiere hablar el Apóstol cuando dice: «Si vivís según la carne, moriréis» (Rm. 8, 13). «Olvidar su pueblo» me parece que es más difícil; porque este pueblo es todo este mundo, que hace, por decirlo así, parte de nosotros mismos: la sensibilidad, los recuerdos, las impresiones, etc., el yo en una palabra. Hay que olvidarlo, abandonarlo. Y cuando el alma ha hecho esta ruptura, cuando está libre de todo esto, el Rey será cautivo de su belleza. Porque la belleza es la unidad, al menos así es la de Dios.

38. El Maestro ¡fue tan verdadero en esta primera oblación! Su vida no fue otra cosa, por así decirlo, que la consecuencia de esto. «Mi alimento, le gustaba decir, es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn. 4, 34). Este debe ser el de la esposa y al mismo tiempo la espada que la sacrifica... «Si es posible, que este cáliz se aparte de mí; pero no como yo quiero, Padre, sino como vos queréis» (Mt. 26, 39). Y entonces ella marcha en paz, alegre, a toda inmolación, como su Maestro, alegrándose «de haber sido conocida» por el Padre, ya que la crucifica con su Hijo. «He escogido vuestros mandatos por mi herencia perpetua, porque ellos son la delicia de mi corazón» (Sal. 118, 111). Esto era lo que se cantaba en el alma del Maestro y debe tener un eco permanente en el alma de la esposa. Es a través de la fidelidad de todos los momentos a esos «mandatos» exteriores o interiores como ella «dará testimonio de la verdad» (Jn. 18, 37), y podrá decir: «El que me ha enviado no me ha dejado sola; está siempre conmigo, porque hago siempre lo que le agrada» (Jn. 8, 29). Y no abandonándole jamás, manteniendo su contacto muy fuertemente, ella podrá irradiar «esta virtud secreta» (Lc. 6, 19) que salva y libra las almas. Despojada, librada de sí misma y de todo, podrá seguir al Maestro al monte para hacer con El en su alma «una oración de Dios» (Lc. 6, 12). Después, siempre por el divino Adorante, Aquel que hace la gran alabanza de la gloria del Padre, ella «ofrecerá sin cesar una hostia de alabanza, es decir, el fruto de los labios que dan gloria a su nombre» (Heb. 13, 15) (San Pablo). Y como canta el salmista, ella le alabará «en la expansión de su poder, según la inmensidad de su grandeza» (Sal. 150, 12).

39. Después, cuando llegue la hora de la humillación, de la aniquilación, ella se acordará de estas pocas palabras: «Jesus autem tacebat» (Mt. 26, 63), y ella se callará, guardando, «conservando toda su fortaleza para el Señor» (Sal. 58, 10); esta fuerza que «se saca en el silencio» (Is. 30, 15). Entonces, cuando venga el abandono, el desamparo, la angustia que hicieron lanzar a Cristo este gran grito: «¿Por qué me has abandonado?» (Mt. 27, 46), ella se acordará de esta oración: «que ellos tengan en sí la plenitud de mi alegría» (Jn 17, 13); y bebiendo hasta las heces el «cáliz preparado por el Padre» (Jn. 18, 11) sabrá encontrar en su amargura una suavidad divina. En fin, después de haber dicho frecuentemente «tengo sed» (Jn. 19, 30), sed de poseeros en la gloria, cantará: «Todo está consumado. Entrego mi espíritu en vuestras manos» (Lc. 23, 46). Y el Padre vendrá a tomarla para «trasladarla a su heredad» (Col. 1, 12-13), donde en «la luz ella verá la luz» (Sal. 35, 10).

«Sabed, cantaba David, que Dios ha glorificado maravillosamente a su Santo» (Sal. 4, 4). Sí, el Santo de Dios habrá sido glorificado en esta alma, porque El habrá destruido todo para «revestirla de El mismo» (Gal. 3, 27), y ella habrá realizado prácticamente la palabra del Precursor: «Es necesario que él crezca y que yo disminuya» (Jn. 3, 30).

DIA DECIMOQUINTO

40. Después de Jesucristo, y con la distancia que hay de lo infinito a lo finito, existe una criatura que fue también la grande alabanza de gloria de la Santa Trinidad. Ella respondió plenamente a la elección divina de que habla el Apóstol; ella fue siempre «pura, inmaculada, irrepreensible» (Col. 1, 22) a los ojos del Dios tres veces santo. Fue su alma tan sencilla... Sus movimientos son tan profundos que no se les puede descubrir. Parece reproducir en la tierra la vida del Ser divino, el Ser simple. También ella es tan transparente, tan luminosa, que se la tomaría por la luz, aunque no es más que el «espejo» del Sol de justicia: «Speculum justitiae». «La Virgen conservaba todas estas cosas en su corazón» (Lc. 2, 19 y 51): toda su historia puede resumirse en estas pocas palabras. Fue en su corazón donde ella vivió, y con tal profundidad que no la puede seguir ninguna mirada humana. Cuando leo en el Evangelio «que María corrió con toda diligencia a las montañas de Judea» (Lc. 1, 39) para ir a cumplir su oficio de caridad con su prima Isabel, la veo caminar tan bella, tan serena, tan majestuosa, tan recogida dentro con el Verbo de Dios... Como la de El, su oración fue siempre: «Ecce, ¡heme aquí!» ¿Quién? «La sierva del Señor» (Lc. 1, 38), la última de sus criaturas. Ella, ¡su madre! Ella fue tan verdadera en su humildad porque siempre estuvo olvidada, ignorante, libre de sí misma. Por eso podía cantar: «El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas; desde ahora me llamarán feliz todas las generaciones» (Lc. 1, 48, 49).

Elevación a la Santísima Trinidad

Oh, Dios mío,
Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme enteramente de mí
para establecerme en Ti,
inmóvil y tranquila,
como si mi alma estuviera ya en la eternidad.
Que nada pueda turbar mi paz,
ni hacerme salir de Ti,
¡oh mi Inmutable!,
sino que cada momento
me sumerja más íntimamente
en la profundidad de tu Misterio.
Pacifica mi alma;
haz de ella tu cielo,
la morada predilecta,
el lugar de tu reposo.
Que nunca te deje allí solo,
sino que te acompañe con todo mi ser,
toda despierta en fe,
en completa adoración toda,
entregada por entero
a tu acción creadora.
¡Oh, mi Cristo amado,
crucificado por amor,
quisiera ser una esposa
para tu Corazón;
quisiera cubrirte de gloria;
amarte... hasta morir de amor!

Pero siento mi impotencia y
te pido «ser revestida de Ti mismo»;
identificar mi alma con todos los movimientos de la tuya,
sumergirme en Ti,
ser invadida por Ti,
ser sustituida por Ti,
a fin de que mi vida no sea sino
un destello de tu Vida.
Ven a mí como Adorador,
como Reparador
y como Salvador.

¡Oh, Verbo eterno,
Palabra de mi Dios!,
quiero pasar mi vida escuchándote,
quiero hacerme dócil
a tus enseñanzas,
para aprenderlo todo de Ti.
Y luego,
a través de todas las noches,
de todos los vacíos,
de todas las impotencias,
quiero fijar siempre la mirada en Ti
y morar en tu inmensa luz.
¡Oh, Astro mío querido!,
fascíname para que no pueda ya
salir de tu esplendor.

¡Oh, Fuego abrasador,
Espíritu de Amor,
«desciende sobre mí»
para que en mi alma se realice
como una encarnación del Verbo.
Que yo sea para El
una humanidad suplementaria
en la que renueve todo su Misterio.
Y Tú, ¡oh Padre Eterno!,
inclínate sobre esta pequeña criatura tuya,
«cúbrela con tu sombra»,
no veas en ella
sino a tu Hijo Predilecto en quien has puesto
todas tus complacencias.

¡Oh, mis Tres,
mi Todo,
mi Bienaventuranza,
Soledad infinita,
Inmensidad donde me pierdo!,
yo me entrego a Ti
como una presa.
Sumergíos en mí
para que yo me sumerja en Vos,

mientras espero ir a contemplar
en vuestra luz
el abismo de vuestras grandezas.

(21 de noviembre de 1904)

Últimas palabras:

Voy a la Luz
al Amor
a la Vida

Isabel de la Trinidad

Isabel Catez, hija de José Catez y Maria Roulland, nace el 18 de Julio de 1880 en el campo militar de Avor, en Francia. Fue bautizada el 22 de Julio, fiesta de Santa María Magdalena «de la que la Verdad ha dicho: “Esta ha amado mucho”»[Cta. 234]...

A lo largo de la historia, la familia del Carmelo ha respondido con entusiasmo a las llamadas de renovación y compromiso constante que nos ha hecho la Iglesia y la sociedad. El Carmelo Teresiano en todas sus latitudes continuamente se ha puesto en camino de búsqueda orante, de autocrítica y de programación. Esto ha dado sus frutos. Muchos hermanos nuestros han encontrado en el carisma del Carmelo un estilo de vida para encarnar el Evangelio. Isabel de la Trinidad es una de ellas.

El objetivo de esta exposición es presentarles de manera breve a Isabel de la Trinidad, una joven con una experiencia vital del Amor. La proyección de su mensaje nos puede iluminar para buscar los cauces y medios inspiradores para la renovación espiritual de nuestra vida. Con el centenario de su nacimiento (2006) el Espíritu nos presenta una ocasión para renovarnos a través de los caminos de la comunión e intimidad con la Trinidad. Su experiencia trinitaria fundamentalmente relacional es de gran actualidad en este tiempo. Podemos destacar algunos aspectos de actualidad que se relacionan con su vida y obra:

Experiencia de comunión amorosa, de unidad con cada una de las Divinas Personas.

La respuesta de la persona, hasta sus últimas consecuencias, a la gracia contenida en la vida sacramental (Bautismo, Eucaristía, Penitencia y Confirmación).

La lectura vivencial de la Palabra de Dios.

El lugar de los laicos y su tarea evangelizadora.

La oración como camino de configuración con Cristo.

Desde luego que hay otros muchos temas inspiradores. Por ahora, solo nos vamos a acercar a su persona (notas biográficas), sus escritos y la actualidad de su mensaje que contiene claros elementos para una espiritualidad laical comprometida en la evangelización.

1 ¿Quién es Isabel de la Trinidad?

a. Primeros años.

Isabel Catez, hija de José Catez y Maria Roulland, nace el 18 de Julio de 1880 en el campo militar de Avor, en Francia. Fue bautizada el 22 de Julio, fiesta de Santa María Magdalena «de la que la Verdad ha dicho: “Esta ha amado mucho”»[Cta. 234] , «la amante apasionada

de Cristo, por la cual tengo una devoción particular»[Cta. 75.] . Sus hermanas de comunidad recuerdan que ella celebraba el aniversario de su bautismo con mucha fe y acción de gracias. Isabel considera que esta coincidencia tiene un significado en su vocación al amor. Dos años más tarde la familia se mudó a Dijon. Allí, el 20 de febrero de 1883 nacería su hermana Margarita, a la que Isabel se sentirá muy unida, «hermanita, eco de mi alma» dirá Isabel. Los testigos de la infancia de las dos niñas describen a Margarita como «dulce y sonriente, la delicadeza personificada». Margarita buscará a lo largo de su vida el apoyo cariñoso y el sabio consejo de su hermana [Margarita Catez (1883-1945) se casó el 15 de octubre de 1902 con Georges Chevignard, banquero y un hombre autoritario. Viuda a los cuarenta y dos, fue madre de nueve hijos]. De Isabel los familiares dirán que «tiene unos ojos furiosos», «muy endiablada», continuamente tiene «verdaderos estallidos de rabia». Carácter fuerte y difícil. Isabel llevaba en las venas sangre de soldado. Heredó un temperamento ardiente; de su padre, el sentido del deber y la lealtad, de su madre, la fortaleza, tenacidad y constancia. Su madre dirá que es «un auténtico demonio», turbulenta, colérica e irritable. A la vez, sociable y de gran sensibilidad, cariñosa y afectuosa. El domingo 2 de octubre de 1887, el Sr. Catez, víctima de un infarto muere en brazos de Isabel. Diez años más tarde Isabel compone una poesía (2 de octubre de 1897) para honrar la memoria de su padre [PN 37]. A partir de 1888 el «trío» -como gusta decir a Isabel- se instala en una modesta vivienda. Cerca del Carmelo, cuyo jardín ve Isabel desde la ventana de su casa. A los siete años, su párroco el sr. Angles, declara que Isabel le dijo: «¡yo seré religiosa, quiero ser religiosa!». Su madre irritada, le preguntó al párroco si creía seriamente en esa afirmación: «yo le respondí una palabra que, como una espada, le atravesó el alma: “así lo creo”».

b. Juventud y adolescencia

La educación escolar de Isabel será escasa y no muy brillante, en cambio su afición por la música debió manifestarse muy pronto. En octubre de 1888, la Sra. Catez, matricula a sus dos hijas en el conservatorio de música de Dijon. Isabel destaca de forma excepcional por sus cualidades como pianista. Llega a obtener el primer premio en piano, coronado con diplomas de solfeo y armonía, incluso la prensa de Dijon saluda el virtuosismo de Isabel. Las clases en el conservatorio, clases con la institutriz, las largas horas de ensayo en su casa y la convivencia con sus amigas, la catequesis que recibe en la parroquia, hacen que su carácter cambie. Sin embargo, hay tres factores entran en juego para lograr su equilibrio: su madre (exigente, austera y autoritaria), su capacidad de decisión (voluntad) y la gracia divina.

El primer signo de su vocación religiosa tuvo lugar el día de su primera comunión (19.4.1891). A su amiga Maria Luisa Hallo, le confiesa: «No tengo hambre; Jesús me ha alimentado» Isabel visita ese mismo día por la tarde el Carmelo. La priora le dijo que su nombre significa “casa de Dios”. Este pensamiento la impresionó. En efecto, el carisma que marcará la juventud de esta chica y futura carmelita consistirá en saberse amorosamente «habitada», «morada de los Tres».

Desde su infancia hasta el último día de su vida parece arrastrada por un impulso irresistible, no a pesar de ella, sino con entera libertad, hacia su destino singular. En el Carmelo, recordando los días de su primera comunión, escribe: «Me entusiasmaba la oración. Amaba tanto al Señor que ya antes de mi Primera Comunión no comprendía que se pudiese entregar el corazón a alguien que no fuese El. Desde entonces estaba resuelta a amarle sólo a El y a vivir únicamente para El» [R 22-23].

¡Estaba decidida!... Poco antes de Julio de 1894, tiene lugar un acontecimiento decisivo: «Durante la acción de gracias, me sentí irresistiblemente impulsada a escoger a Jesús como único esposo; y, sin más dilaciones, me uní a él por el voto de virginidad. No nos dijimos nada; nos dimos uno al otro, amándonos con tal fuerza que la resolución de ser toda suya se hizo en mí más definitiva aún».

A finales de noviembre de 1894 su institutriz le pidió que hiciera como «deber de estilo» su autorretrato . Físicamente se describe: «Sin orgullo creo que mi persona no es desagradable. Soy morena y, dicen, muy alta para mi edad. Tengo unos ojos negros chispeantes, y mis espesas cejas me dan un aire grave. El resto de mi persona es insignificante». Su autorretrato moral: «puesto que estamos en lo moral, diría que tengo un carácter bastante bueno. Soy alegre y, he de confesarlo, un poco aturdida. Tengo buen corazón. Soy coqueta por naturaleza. Hay que serlo un poco, dicen. No soy perezosa, sé que el trabajo hace feliz (...) Sin ser un modelo de paciencia, generalmente sé contenerme. No guardo rencor. Tal es mi retrato moral. Tengo defectos, y, ¡ay!, pocas cualidades (...) espero adquirirlas». En 1901 ella misma declara que el rasgo dominante de su carácter es: «la sensibilidad» [Isabel responde a un cuestionario que se proponía a las novicias, unos días después de su entrada en el Carmelo].

Podemos encontrar un doble ritmo en su existencia . Por un lado, hacía afuera ; en Dijon manifiesta su carácter sociable y comunicativo, asiste a eventos organizados, se presenta en público para interpretar conciertos, sabe que es centro de atención. Verdaderamente se antojaba su compañía que daba calor a las reuniones sociales. Su riqueza humana se transparenta en sus relaciones. Las personas que le trataron de ella dirán: «cautiva con su trato cariñoso». Isabel conoció el valor de la amistad leal y sincera con varias personas; Francisca de Sourdon [Françoise de Sourdon, nacida en 1887, a la que llamaba Framboise, y en la que se reconocía un poco a sí misma y a la que prepara en 1901 para la primera comunión], Alice Cherveau, Luisa Hallo, entre otras. En las vacaciones veraniegas asiste a banquetes, hace vida deportiva, juega partidos de pelota a pala, acude a bailes y conciertos. En una de sus cartas recuerda: «Llevamos una vida de lo más agradable. Desayunamos en casa de unos, merendamos y cenamos en casa de otros; además jugamos muchos partidos de tenis con chicas maravillosas...» [Cta 10]. Como amiga, Isabel, era excepcional : « jamás le he oído hablar mal de nadie, y tampoco hablar bien falsamente. Sabía poner de relieve lo bueno que hay en cada uno sin por ello negar los fallos. Su tacto igualaba a su caridad y su condescendencia no le impedía ser firme cuando era preciso» [R,24-25]. Este equilibrio es el resultado de un esfuerzo en el que Jesús tiene la iniciativa y ofrece la gracia: «Cuando recibo una advertencia injusta parece que siento hervir la sangre en mis venas. Todo mi ser se revela. Pero Jesús estaba hoy conmigo, escuchaba su voz en el fondo de mi alma y me sentía dispuesta a sufrirlo todo por su amor» [R,1].

Por otro lado, siente, también, desde su primera comunión un vivo impulso a vivir en silencio. Tiene gran capacidad para la introspección. Durante sus vacaciones, en muchas ocasiones por las tardes, asistía a la Eucaristía, ella misma recuerda que permanecía en adoración ante el Santísimo Sacramento: «Es Dios quien le habla al alma, quien le ruega que acepte el sufrimiento. Es Jesús, en fin, quien mendiga un poco de amor» [R 8] Su capacidad de interiorización también se desarrolla escribiendo; poesía, cartas, su diario, etc. En ella todo es intimidad, exterior e interior . Todo mana de su Fuente: «Oigo su voz – en medio de todo- en el fondo de mi corazón». Hay en ella una tendencia innata a vivir todo desde la intimidad: soledad-compañía; la palabra-silencio, descanso-actividad.

c. Una joven activa con interioridad profunda

Catequista de los niños [R,4,45-46]. En Dijon, durante el año, Isabel se dedica a las obras de evangelización en su parroquia: coro de canto, catecismo a los niños o niñas de primera comunión atrasadas, de las que se burlan las niñas más jóvenes. Participa en el patronato de niños indisciplinados. Ella misma compone comedia, música y danza para mantener a los niños interesados. Disfraza a los pequeñitos para que representen diversas escenas de la vida de Jesús. A veces los pequeños la acosan con invitaciones a juegos infantiles. Isabel acepta gustosa. «Durante el mes de María, el grupito que ella lleva a la iglesia la retiene en las sillas del fondo, lo más cerca de la salida. Apenas quedaba cerrado el tabernáculo, la sacábamos a ir a pasear. Entonces con mucha imaginación, nos contaba historias. Isabel

Catez era siempre del agrado de todos» [Testimonio de una amiga de infancia.Cf. M. Philipon, Doctrina Espiritual de Sor Isabel de la Trinidad, Desclée de Brouwer, 1951] cuando éstos se han tranquilizado se instalan sillas en el jardín parroquial y comienza la lección.

A su madre le han hablado de una proposición matrimonial para Isabel: «un partido maravilloso- escribe Isabel- que nunca volveré a encontrar (...) ¡Qué indiferente me ha dejado esta tentadora proposición! Mi corazón se lo he dado al Rey de los reyes (...) Siguiendo tus pasos caminando en tu compañía, seré valiente» [Diario, 94]. Isabel no pierde su doble ritmo. Una amiga suya testifica: «Isabel tiene un delicioso y raro talento de pianista; sentía profundamente la música...Muy vivaz, dotada de enorme encanto, sin huella alguna de austeridad tomaba parte con animación de las distracciones de nuestra edad...» Y, por otro lado, al mismo tiempo, Isabel confiesa: «Cuando se obra por El y se permanece siempre en su santa presencia, bajo su mirada, se le puede escuchar incluso en medio del bullicio del mundo, en el silencio de un corazón que sólo quiere ser suyo» [Cta. 40].

Isabel tiende a superidealizar su vocación, a exaltar sus ideas. La realidad del tiempo y el sufrimiento las purifica. Ella seguirá cultivando el valor de la amistad al interior del Carmelo, incluso no perderá la relación con su hermana Güita y con Ma. Luisa. Ella sabe que en el Carmelo se puede seguir amando intensamente, con más libertad. La vida religiosa no es para Isabel el agujero en el que se entierran los afectos y el cariño. En el Carmelo, Isabel va a desarrollar las formas mas sublimes del amor...«hasta dar toda la sustancia de su vida a favor de los demás»

d. El Carmelo: un «cielo en la fe».

En el Carmelo...«me gusta encontrarle aquí, en lo más profundo de mi ser, en el cielo de mi alma, porque El nunca se aparta de mí. Dios en mí y yo en El. ¡Oh esto es mi vida!¿No le he dicho como me llamaré en el Carmelo? “María Isabel de la Trinidad”. Me parece que este nombre significa una vocación especial. Amo tanto el misterio de la Santísima Trinidad...Es un abismo donde desaparezco...» [Cta. 56]. El dos de enero de 1901, Isabel ingresa al Carmelo: «aquí no hay nada mas que El. El lo es Todo. Se le encuentra en todas partes, lo mismo que en la recreación que en la oración» [Cta. 85]. Dormirá en un jergón de paja, su celda cuenta con una sillita. No habrá mesa, para escribir, lo hará en un tabla sobre las rodillas. Ni agua corriente ni electricidad ni calefacción. «Me pregunta- escribe Isabel- cómo puedo soportar el frío...Cuando se sienten estas cositas, contemplar al divino Maestro que padeció (...) una siente sed de amor. Hay muchos sacrificios como este en el Carmelo (...) cuando me encuentro un poco cansada, miro al crucifijo y, al ver cómo se sacrificó por mí, me parece darle algo de cuanto El me entregó... permanezcamos junto a Cristo durante el día» [Cta.136].

Isabel en el Carmelo trabaja como proyecto personal el tema de la comunión ininterrumpida con las hermanas, en medio de los quehaceres cotidianos, todo para Dios. La presencia de Dios lo llena todo: «si El no llenase nuestras celdas y nuestros claustros, qué vacíos estarían. Pero es a El a quien vemos en todas las cosas, pues le le llevamos dentro de nosotras mismas» [Cta.189].

Su noviciado: camino en la desnudez de la fe. «A las radiantes claridades de la postulante sucedieron, para sor Isabel, las tinieblas de una noche profunda, a la que no tardaron en añadirse inquietudes, penas de espíritu y extraños fantasmas de la imaginación» Con estas palabras la madre Germana de Jesús, comienza la evocación del noviciado de Isabel. De este lado oscuro de su vida espiritual, Isabel no ha dicho nada en las cartas, siempre de tono jovial, entusiastas y afectuosas. Sus cartas del año de 1902 expresan su felicidad. Pero no deja de permanecer durante todo el año «en el fuego de la prueba». Del 1 al 10 de enero, sor Isabel hizo el retiro que precede al gran día de la profesión. «Quien pudiera manifestar la alegría que sintió mi alma cuando al contemplar el crucifijo que recibí después

de mi Profesión (...) Al fin, es totalmente mío y yo soy completamente suya. Es lo único que tengo» [Cta. 136]. Durante este tiempo, inspirada por el espíritu del Carmelo, Isabel es sostenida por la fe. Escribe en sus Notas íntimas su canto esponsal [NI 13]. Con su profesión, goza de una paz profunda y una inmensa alegría en Dios.

En enero de 1904, el ideal contemplativo de Isabel en el Carmelo se cristaliza en una fórmula que descubrió en San Pablo: «ser alabanza de gloria» [Cta. 191]. La interpretación de esta fórmula paulina, en perspectiva mística, va a ser en adelante su destino y la definición de su vocación. En ella proyecta los puntos cardinales de su vida espiritual: «el aniquilamiento de sí misma», «la adoración», «la exaltación de sí de la vida trinitaria», su aspiración a «ser una oración continua», a «amar mucho». Grabada en su corazón, esta fórmula se repite sin cansancio a uno y otro corresponsal. En 1905, en una carta dirigida al P. Chevignard le pide: «Cuando consagre esta hostia donde Jesús va a encarnarse, acuérdesese de consagrarme a él «como hostia de alabanza a su gloria» a fin de que todas mis aspiraciones, todos mis movimientos, todos mis actos sean un homenaje tributado a su santidad»[Cta. 244].

La fascinación de la presencia de la Trinidad que experimenta Isabel se materializa en el retiro comunitario predicado por el padre Fages, dominico. El tema fue: «El misterio de la encarnación». Por la noche, Isabel, en su cuadernillo de notas personales, parece que de un tirón, con escritura reposada y firme, redacta la oración cuyas primeras palabras dan el tono ardiente:

« Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayudadme a olvidarme enteramente para reposar en vos». Es lo que sugiere a su manera San Juan de la Cruz: «¡Cuán manso y amoroso/ recuerdas en mi seno/ donde secretamente moras,/ y en tu aspirar sabroso,/ de bien y gloria lleno,/ cuán delicadamente me enamoras». En su oración, Isabel se ofrece «como víctima»: «que yo sea una humanidad complementaria, en la cual renueve todo su misterio». Expresión notable que manifiesta su deseo de «encarnar» y continuar siendo una extensión de la Nueva Humanidad que inauguro el Hijo.

En enero de 1905 experimenta el conocimiento de la «ciencia del amor»; aprende esta ciencia por el camino de la adoración: «Mi vocación de carmelita me arroja en la adoración». En agosto de 1905, durante el verano se ha preparado para un retiro de un mes, lo anuncia a su hermana Guíta: «No debería hablar ni pensar más, y voy a hundirme en el fondo mi alma, es decir en Dios», consuela y fortalece a su hermana « A través de ti, Dios quiere hacerse amar» [Cta. 212. En una carta dirigida a su hermana que es madre y desarrolla en breves líneas una espiritualidad basada en la conciencia filial: «Tú eres madre. Tú conoces toda la cantidad de amor por tus hijos que Dios ha depositado en tu corazón. Estas, por lo tanto capacitada para comprender la grandeza de este misterio. ¡Ser hijos de Dios!, Guite mía, no te emociona esto?...» Cta. 219].

e. Consumida por el Amor.

En plena juventud, e Isabel esta en el atardecer de su vida. Siente como la enfermedad – mal de Addison- va haciendo su obra de destrucción; vómitos continuos y dolores fuertes en el estomago. Noches interminables de insomnio. Isabel se siente exhausta. Los testigos afirman: «No hablaba de su enfermedad sino únicamente de Dios y de los otros». Sufre con generosidad y valentía. Literalmente se consume de amor en el dolor: «Siento que la muerte va destruyendo mi vida...Esto resulta doloroso para la naturaleza humana. Te garantizo que si no procurase elevarme sobre ella, sólo sentiría debilidad ante el sufrimiento. Esta es la visión humana del dolor pero abro inmediatamente los ojos de mi alma la luz de la fe y esta fe me dice que es el Amor quien me destruye, quien me consume lentamente. Por eso mi alegría es inmensa»[Cta. 276]. Así se cumple la Palabra que la apasiona: «Completo en

mi carne lo que falta a la pasión de Jesucristo por su cuerpo que es la Iglesia. Esto hace feliz al apóstol» [Cta. 276]. Sus últimos diez días padece en su carne el hambre. Consume toda su sustancia y alimenta la esperanza de sus familiares y amigos prometiendo que «en el cielo pensará mucho en ellos» La experiencia humana y mística de esta carmelita se condensa en sus últimas palabras: «Voy a la Luz, al Amor, a la Vida». Isabel muere la mañana del 9 de noviembre, a los 26 años, confortada por sus hermanas de comunidad. El 25 de noviembre de 1984 fue declarada Beata por el Papa Juan Pablo II.

2. Sus escritos

Los autógrafos que se conservan son:

- Su Diario escrito en tres cuadernos.
- Cuatro tratados espirituales:
 - I. El Cielo en la fe
 - II. La grandeza de nuestra vocación, en forma de carta.
 - III. Últimos ejercicios, en un cuaderno.
 - IV. Déjate amar, en forma de carta.
- 3. Notas Íntimas , (17) en hojas volantes.
- 4. Poesías (124)
- 5. Cartas (346)
- 6. Excursiones al Jura.

Poco después de morir Isabel la madre Germana preparó la «la circular necrológica».; una biografía de Isabel que dos años más tarde se llamará Recuerdos . La biografía «escrita de rodillas» por la madre Germana y revisada por diferentes testigos, se convierte en una autobiografía bastante bien lograda.

Sus Fuentes Simplemente indiquemos que Isabel ha leído a los grandes autores en ediciones diferentes a las que conocemos hoy. Podemos afirmar que Isabel lee: la Escritura, en particular los Evangelios y San Pablo; conoce a Teresa de Ávila, Teresa de Lisieux [En las cartas de 1901 se encuentran con frecuencia ecos de Historia de un alma de Teresa de Lisieux, cuya sustancia Isabel asimila con profundidad. Balthasar escribe:« Nacida siete años después que Teresa y muerta nueve años después que ella, Isabel tuvo la oportunidad de conocer la cronología de Teresa y su autobiografía, así como de apropiarse de la doctrina en ella contenida su don de comprensión particularmente vivo le hace captar inmediatamente lo esencial y le permite asimilarlo». Élisabeth de la Trinité et sa mission spirituelle, Seuil, 23], Juan de la Cruz y Ruysbroec.

Es indudable que Isabel fue dotada por una particular sensibilidad estética. Sus escritos nos reflejan su asombro frente a la belleza de la naturaleza; las montañas y ante la inmensidad del océano. La contemplación de la naturaleza le abre las puertas de la interioridad pues le refleja la belleza del Creador y la invita a la oración. Isabel narra con espontaneidad sus excursiones veraniegas; en su Diario , medita en silencio. No cabe duda, escribir es para nuestra joven carmelita un instrumento de encuentro e integración personal. Tal parece que la estructura de su Diario es organizada y lo lleva con objetivos claros;

algunos registros trascienden los acontecimientos diarios y tienen como interlocutor su relación personal e íntima con la Palabra de Dios y con Jesús. Son un reflejo de lo que ella es.

Los escritos de Isabel pertenecen, ante todo, al género testimonio. Isabel es una mujer de memoria auditiva. Desde su infancia pasa horas al piano, escuchando con oído fino los sonidos, asimilando ritmos de las piezas que tocaba. Esta memoria era capaz de reproducir fielmente los sermones de la misión de 1899 (Diario) . Pero esta receptividad va más allá, escucha sobre todo a su «Maestro», «Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándoos». Finalmente, digamos que su estilo literario es personal, sencillo y afectivo.

3. Actualidad y fuerza teológico-pastoral de su mensaje

Ya que existen varios rasgos característicos de la espiritualidad de Isabel, vamos a destacar tan solo algunas perspectivas fundamentales que indican la fuerza teológica-pastoral de su mensaje para hoy.

La fuerza teológica de su mensaje es innegable. « Puedes creer mi doctrina porque no es mía» le dice a su madre [Cta, Mayo-Junio 1906]. En su vida hay una sintonía entre la verdad y la vida. Veamos algunos aspectos

3.1 Una espiritualidad para los laicos.

Resulta de gran actualidad que en el mensaje de Isabel encontremos los elementos fundamentales de una espiritualidad laical. En primer lugar y preferentemente su correspondencia está dirigida a los laicos –familiares, amigas, amigos. Para comprender esto, conviene tener en cuenta que Isabel, antes de transmitir este mensaje en sus cartas de carmelita, vivió en pleno mundo. Esta joven seglar ya era una mística antes de entrar en el Carmelo. En medio de sus ocupaciones diarias y de sus múltiples relaciones sociales, Isabel, lejos de menospreciar el mundo, une la vida en Dios (Amor) con la configuración del mundo. Vive fuertemente la Presencia de Dios. Reconoce la inhabitación de Dios, –aunque sea una fórmula posterior- en el mundo. Basta un rápido recorrido por los destinatarios de sus 346 cartas conservadas:

13 religiosas

6 sacerdotes y seminaristas

39 seglares

Este hecho explica el que el contenido de su mensaje sea tan abierto, tan amplio y tan adaptado a la vida del mundo. Isabel cultivó el don de Dios en el mundo, en medio de pequeñas tareas y con muchas relaciones sociables. Supo comprender, gustar, vivir y comunicar el testimonio de su experiencia de Dios en estas circunstancias.

Notas de su espiritualidad laical hoy:

- Los elementos fundamentales de su espiritualidad laical serían los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. También revaloriza –novedad para su tiempo- el Matrimonio. Es una espiritualidad que llama a la santidad dentro del mundo. Nos recuerda que la misión del laico es misión de toda la Iglesia, no sólo de los consagrados o clérigos. Isabel tiene una experiencia sacramental muy rica

a. Por el bautismo, profundiza que «todos somos santuario de la Santísima Trinidad»[Cta.172]. La vida de Dios se comunica a todos y a todo el mundo: «Esta mejor parte que parece ser un privilegio que se me otorgado en mi queridísima soledad del

Carmelo, el Señor la da a todos los bautizados –escribe Isabel a una mujer casada-. El es quien la ofrece, querida señora, a través de sus preocupaciones e inquietudes maternas. Piense que su deseo es introducirla más profundamente en El» [Cta.114].

b. De la Eucaristía alimento, Cristo para todos, saca la fuerza que transforma su vida.

c. De la Confirmación, la misma para todos, afirma que es el Espíritu el que hace posible que el Hijo habite en nosotros para agradar al Padre. Es el que nos arraiga y fundamenta en el amor. «Por el Espíritu el alma penetra y vive en las profundidades de Dios». Arraigar en Cristo es obra del Espíritu que hace que en todos nuestros sentimientos, pensamientos y aspiraciones, y mediante todos y cada uno de sus actos, por muy ordinarios que sean, se vea a Cristo [Cta.172]. Sor Isabel sabe, por experiencia, que el Espíritu ora en nosotros sin descanso (Rm 8): «Tengo la impresión de que mi oración es omnipotente», «El Espíritu Santo crea el cielo en tí»[Cta.216] .

- Una espiritualidad que se alimenta desde diversos medios: escucha vivencial de la Palabra; participación de la vida sacramental; oración personal y comunitaria; devoción a María; dirección espiritual, compromiso en la vida de la Iglesia parroquial.
- Esta espiritualidad a la que anima Isabel a los laicos ofrece una urgencia: la evangelización del mundo de hoy. Ella misma colaboró en los movimientos y en las actividades de su parroquia.
- Para Isabel, los campos específicos para esta vivencia laical, son la familia. El mundo del trabajo y una decidida presencia pública no aparecen explícitos.

La espiritualidad laical ha de remitirse a estas coordenadas (a la luz de Isabel) :

Espiritualidad es un estilo de vida, no para «perfectos», sino de plenitud en la comunión con el Amor, con raíces en los sacramentos de iniciación, y también del matrimonio. Un estilo que se trabaja en la vida ordinaria. A su hermana Guíta, joven casada, madre de dos hijos (llegará a tener nueve), le habla del valor de la maternidad y de la filiación divina: «Hermana, quiere hacerse amar de tus angelitos a través de tí»[Cta.210] . Y a una amiga suya, futura madre le explica que dar la vida a un nuevo ser humano debe ser al mismo tiempo dar la vida de Dios: «Pido al «Maestro» que mora en tu alma (...) que te comunique sobreabundantemente su vida divina para que se la transmitas al angelito de quien vas a ser mamá» [Cta.162]. Para Isabel, toda persona es sacramento de Dios, capaz de comunicar la vida del Amor, en especial los padres.

Espiritualidad insertada en la Iglesia local. Un compromiso en la misma misión de la Iglesia, según circunstancias y edades.

Descubrimiento de la Voluntad de Dios. Discernir si hay un llamado a la consagración, como en el caso de Isabel.

Espiritualidad que vive la relación Iglesia-Mundo en un contexto socio cultural determinado. Para profundizar en esta coordenada convendría hacer un análisis de la eclesiología del tiempo de Isabel y su impacto en el Carmelo. (Cf. el caso de Monseñor Le Nordez-ceremonia de la toma de velo de Isabel). También analizar el modelo eclesial de hoy y tratar de establecer puntos de contacto.

Personalmente, me llama mucho la atención para alimentar una espiritualidad laical hoy, los que significa la encarnación en ella. Para Isabel es la asunción por Dios en Jesucristo de la humanidad y de la creación. La vida personal y la vida diaria son el lugar en el que la

Trinidad se hace presente, por ello es necesario: «ser una humanidad en la que El pueda renovar todo su misterio» [NI, 15].

Otro ángulo esencial de su espiritualidad es la correcta relación entre acción y contemplación. No imaginemos a Isabel adorando y siendo alabanza de gloria sentada en la capilla todo el día. Asumió sus responsabilidades, fuera del Carmelo y en él. Trabajó y oró; ella misma dirá que en el Carmelo, todo es uno. No se pasó la vida dividiendo las realidades. Oración y trabajo, todo es un en el Uno; todo es Amor.

Para concluir, convendría hacer un análisis crítico, de estas y otras coordenadas presentes en su espiritualidad laical. Recordamos ahora la exhortación de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla: «Las dimensiones esenciales de la espiritualidad de los laicos, entre otras, son las siguientes: Que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios, sino persevere, presente y activo, en medio de ellas y allí encuentre al Señor. Que de a tal presencia y actividad una inspiración de fe y un sentido de caridad cristiana, y que por la luz de la fe, descubra en esa realidad la presencia del Señor...» (nn.796-798). Acompañados por las intuiciones de Isabel podemos alentar un testimonio laical encarnado, de manera que los mismos laicos y nuestras comunidades sean verdaderos sacramentos de la presencia de Dios en el mundo, portadores de gracia y de verdad, de justicia y de paz para sus hermanos. «Dios se inclina sobre nosotros con toda su caridad, de día y de noche, queriendo comunicarnos e infundiendo su vida divina, a fin de hacer de nosotros seres deificados, que lo manifiesten en todas partes»[Cta. 102]Isabel y nosotros deseamos ser reflejo vivo de Dios : «pedidle que esté en mí de tal manera que le sienta acercándoseme y que piense en El...»[Cta. 41]. Seguramente encontraremos elementos necesarios para profundizar en nuestra propia vocación y para proyectar una reflexión que motive el compromiso pastoral.

3.2 «Apóstol y carmelita, todo es uno».

Isabel, mira al «Crucificado por amor». La cruz es el libro de la vida del que quiere aprenderlo todo de Jesús. «Te aconsejo que simplifiques mas eso de los libros –escribe a Guita-. Coge tu crucifijo, mira, escucha»[Cta. 93]. El día de su profesión recibió un crucifijo «como sello sobre el corazón». Isabel, no dejará de mirarle, «es todo lo que tengo, El es todo para mí», confiesa en una carta. Mirar al Crucificado aviva la entrega:«Miro al crucificado, y, al ver cómo se entregó El por mí, me parece que lo menos que yo puedo hacer por El es prodigarme, gastarme para devolverle un poco de lo que El me ha dado»[Cta. 156]. Esta contemplación del Crucificado la anima para volver los ojos sobre la Iglesia: «Todas nuestras oraciones y todos nuestros sacrificios se dirigen a eso»[Cta 136].

Toma tu crucifijo

Mira

Escucha

y Sigueme... Unión transformante.

La santificación por los demás es parte de la comunión-relación con los Tres. «Y ya que somos todos miembros de un solo cuerpo, en la medida en que tengamos la vida divina en abundancia podremos comunicarla al gran cuerpo de la Iglesia» [Cta.191].

AUTOR: P. Enrique Castro Yurrita, OCD.

Vegeu: <http://www.portalcarmelitano.org/santos-carmelitas/isabel-de-la-trinidad/115-isabel-de-la-trinidad-estudios/550-isabel-de-la-trinidad.html>

Pensamiento y doctrina de Santa Isabel de la Trinidad

Me parece que mi misión en el cielo consistirá en atraer las almas al recogimiento interior. La auténtica unión divina no está en las dulzuras espirituales sino en el desprendimiento y en el dolor. La Virgen me parece más imitable que cualquier santa. Su vida era tan sencilla...

- He hallado mi cielo en la tierra pues el cielo es Dios y Dios está en mi alma. EP 110.
- El contemplativo es un ser que vive bajo el resplandor de la faz de Cristo, que penetra en el misterio de Dios impulsado no por la luz que proyecta el pensamiento humano sino por la claridad que produce la palabra del Verbo encarnado. EP 137
- Creo que si El me ha amado tan apasionadamente y me ha hecho tantos favores es por verme tan débil. EP 49.
- Mi ideal consiste en ser la Alabanza de su gloria. EP 232.
- Qué importa estar en el cielo o en la tierra. Vivamos en el amor para glorificar al Amor.
- Cuanto más cerca se vive de Dios más se ama. EP 53.
- Las almas penetran en Dios mediante la fe viva y allí, simplificadas y en paz, El las conduce por encima de las cosas y gustos sensibles hasta la tiniebla sagrada quedando transformadas en imagen de Dios. Esas almas viven, según la expresión de San Juan, en sociedad (Jn. 1,3) con las Tres adorables Personas, en comunión de vida. En esto consiste la vida contemplativa. Es una contemplación que conduce a la posesión. Ahora bien, esta posesión simple es la vida eterna disfrutada en el abismo sin fondo. Es allí, donde por encima de la razón, nos espera el profundo reposo de la inmutabilidad divina. (Tratados Espirituales, día 4to del Manuscrito "A")
- Las rejas no existirán nunca para nuestros corazones...en el Carmelo el corazón se dilata y su amor es aún más intenso. EP 81.
- Mirad, en el Carmelo el corazón se dilata y sabe amar mejor. EP 82
- Para vencer el orgullo: matarlo de hambre. Mira, el orgullo es amor propio. Pues bien; el amor de Dios debe ser tan fuerte que anule por completo nuestro amor propio. EP 276
- ¡Oh muerte! Yo misma te llamaría a gritos si no tuviese la esperanza de sufrir y hacer algún bien en la tierra. Yo he hallado mi cielo en la tierra en mi querida soledad del Carmelo, donde vivo a solas con Dios solo. Todo lo hago con El. Por eso realizo las cosas con alegría divina. Que barra, trabaje o haga oración, todo me resulta encantador y delicioso porque descubro a mi divino Maestro en todas partes. EP 83
- Ya conoces el proverbio: No tener noticias es una buena noticia. EP 256.
- Me parece que mi misión en el cielo consistirá en atraer las almas al recogimiento interior. La auténtica unión divina no está en las dulzuras espirituales sino en el desprendimiento y en el dolor. La Virgen me parece más imitable que cualquier santa. Su vida era tan sencilla... Cuando se ama, se desea el bien para la persona amada. Presiento que mi misión en el cielo consistirá en atraer las almas, ayudándoles a salir de ellas mismas, para unirse al Señor a través de un movimiento sencillo y amoroso, y conservarlas en ese gran silencio interior que permite a Dios imprimirse en ellas, transformarlas en El mismo. EP 295
- Vivamos de amor para morir de amor y para glorificar a Dios que es Amor. EP 295
- Todo depende de la intención que se tenga. Podemos santificar hasta las cosas más pequeñas y transformar en divinos los actos más ordinarios de la vida. EP 275
- ¡Amar! Es tan sencillo... Es entregarse a los designios de su voluntad divina como El se entregó a la voluntad del Padre. Es permanecer en El porque el corazón del que ama ya no vive en sí sino en Aquel que es el objeto de su amor. Es sufrir por El, aceptando alegremente todos los sacrificios e inmolaciones que nos permiten agradecer a su Corazón. EP 257

- No nos purificaremos considerando nuestra miseria sino contemplando a Aquel que es la pureza y la santidad. San Pablo dice que: el Señor nos ha destinado a ser semejanza de la imagen de su Hijo (Rm 8,29). En los momentos más angustiosos, piense que el Artista divino se sirve del cincel para embellecer más su obra y permanezca en paz bajo la mano que la está labrando. EP 228.
- Cuando te aconsejo la oración, no se trata de imponerse una cantidad de oraciones vocales para rezarlas diariamente. Hablo, más bien, de esa elevación del alma a Dios a través de todas las cosas que nos constituye en una especie de comunión ininterrumpida con la Santísima Trinidad, obrando con sencillez a la luz de su mirada. EP 202.
- Creo que nada refleja mejor el amor del Corazón de Dios que la Eucaristía. Es la unión, la comunión, es El en nosotros, nosotros en El. Y ¿no es esto el cielo en la tierra? EP 165

TOMADO DE: <http://isabeldelatrinidad1.blogspot.it>

Isabel de la Trinidad y la fe

Esta es la fe que nos quiere infundir Isabel: creer en el inmenso, en el incomparable amor de Dios por cada criatura. Lo mismo le escribe a su amada priora, en una cartatestamento que le entrega, como acto de gratitud a una mujer que supo entenderla e impulsarla...

Isabel se educó desde su infancia en la fe cristiana y católica. Como era costumbre en los creyentes de la época, oraba desde niña. Su madre era una mujer creyente, aunque influenciada por la espiritualidad de los escrúpulos y del miedo que reinaba en la Francia de finales del XIX.

Isabel era una niña con genio, pero piadosa y buena. El día de su primera comunión lo cambia todo. Es el 19 de abril de 1891. A pesar del ayuno riguroso que se vivía en la época, al salir de la misa le dice a una amiga: "No tengo hambre, Jesús me ha alimentado...". Pero este no es el único acontecimiento importante del día. A la tarde, visita el locutorio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad. En la conversación con la priora (María de Jesús), esta le explica el significado de su nombre hebreo: Isabel es "Casa de Dios". Desde ese día, Isabel no deja de vivir profundamente esta verdad. Esa mañana había experimentado cómo Dios puede habitarnos, ahora sabía que ella era desde siempre y para siempre "casa de Dios". Y trata de ser coherente con esta experiencia en su vida.

Isabel es educada en las verdades de la fe desde niña. Además de frecuentar los sacramentos todo lo que puede, va a las misiones, donde se dan charlas y homilias. Es una época donde rige una fe muy impresionable, con abundancia de lágrimas. Isabel vibra, como hija de su tiempo. Ella también llora: Después el Padre se ha despedido de nosotros. Yo derramaba ardientes lágrimas, y todos los que estaban cerca no se sentían menos conmovidos que yo. Esta despedida era tan emocionante... El Padre lloraba también. Después de haberse dirigido a los presentes, habló también de los ausentes, de los que habían resistido a la gracia. Ha recomendado a las almas que no han visto escuchadas sus oraciones que no se desanimen, que era imposible que no lo sean algún día, pues Dios tenía en cuenta tantas oraciones y sacrificios. ¡Cuánto bien me han hecho estas palabras! El Padre dio con voz emocionada la bendición papal. (Diario Nº 130)

En estas "misiones", cuando se habla de la fe, es una fe más de preceptos que de relación. Entre los temas que apunta Isabel en su diario están: "creados a imagen de Dios", "la oración" "la vida", "la eternidad", "la vanidad de lo terrestre", "la penitencia"... Pero, por ejemplo, cuando habla de la vida, esto es lo que apunta la joven en su diario: La vida se puede resumir así: muchos sufrimientos, muchas lágrimas, muchas ilusiones; la esperanza de una felicidad siempre esperada y nunca lograda. Y, sin embargo, nos apegamos a esta vida. ¡Se necesita ser necios! (Diario Nº 25).

Cuando Isabel madure en su fe y escriba sus propios ejercicios, sus meditaciones tendrán una base bíblica y de deseo de relación con Dios. Un Dios que nos mira siempre con amor y paciencia. Isabel entra en el Carmelo a los 21 años. La oración, la lectura de los escritos de San Juan de la Cruz y de Santa Teresita (cuyo proceso de canonización aún no había comenzado), la meditación asidua de la Biblia - sobre todo de los escritos de San Pablo -, la van moldeando y transformando. Su fe deja de basarse en una hipersensibilidad, para ir alcanzando una madurez y profundidad asombrosa. Así, no dudará en escribir ya en el último año de su vida, a una joven impulsiva a la que cobraba un gran afecto: Asegúrate en la fe, es decir, no obres más que bajo la luz potente de Dios, nunca según las impresiones y la imaginación. Cree que El te ama, que quiere ayudarte El mismo en las luchas que tendrás que sostener. Cree en su amor, su demasiado gran amor, como dice San Pablo (Ef. 2, 4). Alimenta tu alma de las grandes verdades de la fe, que le revelan toda su riqueza y el fin para el que Dios la ha creado. Si tú vives en todas sus cosas, tu piedad no será una exaltación nerviosa, como temes, sino será verdadera. ¡Es tan hermosa la verdad, la verdad del amor: “Él me ha amado, Él se ha entregado por mí” (Gal. 2, 20)! He aquí, hijita, lo que es ser verdadero. (Grandeza de nuestra vocación N° 11)

Esta es la fe que nos quiere infundir Isabel: creer en el inmenso, en el incomparable amor de Dios por cada criatura. Lo mismo le escribe a su amada priora, en una cartatestamento que le entrega, como acto de gratitud a una mujer que supo entenderla e impulsarla a la santidad desde el comienzo de su vida religiosa. La priora en cuyas manos profesó y... murió: Madre, la fidelidad que os pide el Maestro es de permanecer en comunión con el Amor, de derramaros, de enraizaros (Ef. 3, 17) en este Amor que quiere marcar vuestra alma con el sello de su potencia y grandeza. No seréis superficial si estáis despierta en el amor. Pero en las horas que no sintáis más que el decaimiento, el cansancio, le agradeceréis todavía, si sois fiel en creer que Él obra aún, que os ama de todos modos, y más aún: porque su amor es libre y es así como quiere engrandecerse en vos. Y vos os dejaréis amar “más que etos”. Esto es, creo, lo que quiere decir... ¡Vivid en el fondo de vuestra alma! Mi Maestro me hace comprender con claridad que allí quiere crear cosas adorables. Estáis llamada a rendir homenaje a la simplicidad del Ser divino y a engrandecer la potencia de su Amor. Creed a su “mensajero” y leed estas líneas como venidas de Él (Déjate amar N°6).

Amar y dejarse amar... este es el misterio de fe, que descubre en la noche antes de su consagración a Dios para siempre. Un misterio de amor. Porque la fe, es relación, es donación, es entrega... En la noche que precedió al gran día, mientras estaba en el coro esperando al Esposo, comprendí que mi cielo comenzaba en la tierra, el cielo en la fe, acompañado del sufrimiento y la inmolación por Aquel a quien amo... Quisiera amarle tanto... amarle como mi seráfica Madre [Santa Teresa de Jesús], hasta morir de amor (Carta 169).

Isabel escribe a sus familiares y amistades una y otra vez tratando de transmitir este mensaje de fe y amor. Para ella no ha sido fácil. También ha conocido el desánimo, el desaliento... no pensemos que los santos eran de una materia distinta a la nuestra. Isabel llega a sentir, como le sucedió a Santa Teresita, que no es un velo, sino un muro, el que la separa de Dios: Pida mucho por mí, amadísima hermana. También a mí no es un velo, sino un muro grueso, quien me lo oculta. Es muy duro, verdad, después de haberlo sentido tan cercano; pero estoy dispuesta a permanecer en este estado de alma el tiempo que quiera mi Amado, pues la fe me dice que Él está ahí también. Y entonces, ¿de qué sirven las dulzuras y los consuelos? No son Él. Y es a Él solo a quien buscamos. ¿No es así, mi querida Margarita? Vayamos pues, a Él en la fe pura. ¡Oh, hermana mía! Nunca he sentido tan al vivo mi miseria. Pero esta miseria no me deprime. Al contrario, me sirvo de ella para ir a Él y pienso que es por ser yo tan débil por lo que me ha amado tanto y me ha hecho

tantos favores. El otro día era el aniversario de mi primera Comunión, hace diez años. ¡Ah, cuando pienso en las gracias de que me ha colmado!... ¿No le parece que esto dilata el corazón? ¡Ah, cuánto amor! Hermanita, procuremos responder a él... (Carta 53)

Al final de su vida, deja también un testamento espiritual para su única hermana: Guita, casada y con dos niñas. El título del escrito El cielo en la fe, lo dice todo. En una época donde a la mujer casada no se le pedía más que una vida piadosa, ordenada y de obediencia al marido; Isabel le propone una vida de intensa comunión con Dios, de oración constante, sin renunciar a su estado de esposa y madre, proponiéndole vivir lo mismo que ella vive en el Carmelo. Con esto, se adelantó al Concilio Vaticano II, que recordó de nuevo que también los seglares están llamados a la vida de oración y contemplación.

AUTOR: María del Puerto Alonso ocd - Carmelo de Puzol

En el Carmelo, el corazón se dilata...

En la experiencia de Sor Isabel es clave la vivencia del misterio de la Inhabitación Trinitaria, Misterio que será el centro de su vida y del que será mensajera: "He hallado mi cielo en la tierra pues el cielo es Dios y Dios está en mi alma..."

"En el Carmelo, el corazón se dilata y su amor es aún más intenso..."

El celebre Cardenal Mercier, de paso por Dijon quiso venerar el sepulcro de la entonces sierva de Dios Isabel de la Trinidad. Al explicarle la Madre Priora que solo había sido seis años escasos religiosa carmelita, exclamó: "¡Aquí se llega a ser santas muy deprisa!".

Isabel de la Trinidad, que se puso ese nombre por su gran amor a Los TRES, como ella gustaba llamar a la Santísima Trinidad, en el siglo se llamó Isabel Catez. Nació en un campo militar, en Arvor, cerca de Bourges, el 18 de agosto de 1880. Sus padres fueron Francisco de Jesús Catez y María Rolland.

El 19 de abril de 1891 hizo su Primera Comunión. He aquí un bello testimonio: "Iba a cumplir catorce años cuando un día, mientras la acción de gracias, sentime irresistiblemente impelida a escogerle por único Esposo, y sin dilación me uní a Él por el voto de virginidad". Otra vez, "después de la Sagrada Comunión parecióme que la palabra Carmen sonaba dentro de mi alma y desde entonces no pensé mas que en esconderme entre las rejas".

Veía que en su nación la fe y el amor a Jesucristo dejaban mucho que desear. Para reparar en algo tanto mal, se ofreció como víctima por la salvación de Francia y del mundo cuando todavía era una adolescente.

En 1901, superadas todas las dificultades, ingresó en el Carmelo de Dijon, ciudad a donde se había trasladado su familia. Desde el principio se entregó de lleno a su vocación, a la que amará con toda su alma. Escribía a una futura vocación al Carmelo: "El Carmelo es un ángulo del paraíso. Se vive en silencio, en soledad, solo para Dios... La vida de una carmelita es una perpetua comunión con Dios... Si él no llenara nuestras celdas y nuestros claustros ¡Qué vacíos estarían! Mas le vemos a Él en todas las cosas, porque le llevamos dentro de nosotras mismas, y nuestra vida es un cielo anticipado... ¡Si supieses que feliz me hallo! ... Para la carmelita no hay mas que una ocupación: amar y orar... Vivir con Él, en esto consiste la vida del Carmelo: Me consumo de celo por el Señor Dios de los Ejércitos... Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia me encuentro... La Regla del Carmelo... ya verá algún día que bella es...".

Así de enamorada estaba Sor Isabel de la vida que había abrazado que añadirá a su nombre uno nuevo: Laus Gloríae, Alabanza de Gloria, de la Santísima Trinidad.

Su vida interior en el Carmelo se divide en dos periodos: El periodo de la búsqueda de vida de intimidad con las Tres Divinas Personas (1901-1905) y el periodo en el que encuentra su nuevo nombre o misión: Alabanza de Gloria (1905-1906).

No son muchas las obras que escribió y sin embargo es una de las figuras más destacadas de la espiritualidad contemporánea. Con el ejemplo de su vida y con sus escritos, breves pero profundos, ejerce un influjo desde hace muchos años muy grande en cuantos tratan de vivir mejor la vida de perfección. Sus principales escritos son: "Epistolario" (301 cartas), "Misivas espirituales" (27), "Diario espiritual", "Composiciones poéticas" (119), "Oraciones". (2), "Elevaciones espirituales (4), "Elevación a la Santísima Trinidad", Tratados espirituales: Cómo hallar el cielo en la tierra y Últimos ejercicios espirituales de Laudem Gloríae.

En la experiencia de Sor Isabel es clave la vivencia del misterio de la Inhabitación Trinitaria, Misterio que será el centro de su vida y del que será mensajera: "He hallado mi cielo en la tierra pues el cielo es Dios y Dios está en mi alma. El día que comprendí esta verdad todo se iluminó en mí. Quisiera revelar este secreto a todas las personas a quienes amo para que ellas se unan siempre a Dios a través de todas las cosas y se cumpla así la oración de Jesucristo: Padre, que sean completamente uno (Jn. 17,23)" (Carta 110).

Así mismo es consciente de que este proceso de transformación en los Tres pasa por una plena identificación con Cristo, el Crucificado por amor: "Seamos para El como una humanidad suplementaria donde pueda renovar todo su misterio. Le he pedido que se instale en mí como Adorador, Reparador y salvador". (Carta 193)

Días antes de su muerte repitió la misión que esperaba desempeñar en el cielo: "Me parece que mi misión en el cielo consistirá en atraer a las almas al recogimiento interior, ayudándolas a salir de sí mismas para unirse con Dios a través de un sentimiento sencillo y amoroso. Procuraré mantenerlas en ese profundo silencio interior que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en él"

En su última carta, dirigida a la Madre Germana de Jesús, "su Sacerdote Santo" - como gustaba llamarla -, nos lega a los hijos del Carmelo y a cuantos se sientan llamados a seguirla en ese camino de santificación, su herencia espiritual: "...Al partir de este mundo le dejo en herencia la vocación que tuve dentro de la Iglesia militante, vocación que yo cumpliré ininterrumpidamente en la Iglesia triunfante: Ser alabanza de gloria de la Santísima Trinidad"

El 9 de noviembre de 1906 marchaba a gozar de las Tres divinas Personas, con su último cántico: "Me voy a la luz, al amor, a la vida".

El Papa Juan Pablo II la coloca entre los maestros que más han influido en su vida espiritual. El mismo Sumo Pontífice la beatificó el 25 de noviembre de 1984, solemnidad de Cristo Rey.

TOMADO DE: <http://rumboalvcentenarioteresiano.blogspot.it>

La Virgen María en Santa Isabel de la Trinidad

Llegada sor Isabel al puerto del Carmelo con una vocación mariana tan clara, tan decidida y profunda, no nos extrañará que su vida carmelitana sea como la ofrenda mariana más pura y limpia. Vivirá esta alabanza de Gloria, su vida carmelitana, en obsequio...

LA VIRGEN MARÍA EN SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD

Existe un descubrimiento progresivo de la vida íntima mariana en nuestra beata. El ritmo de este descubrimiento depende de la evolución que tiene en ella el misterio de la gracia, de Cristo y de la Trinidad. En la primera fase de su vida esta relación con María se expresa en términos de amor filial, de confianza y de confidencia. Más tarde, la contempla desde el horizonte de la madurez espiritual, más concretamente desde su vocación carismática, y descubre en Ella la Alabanza de Gloria perfecta. Sus relaciones con María trascienden entonces la esfera del pietismo, de lo devocional, y se instala en el área de la imitación, que es siempre más teológica.

Todo esto lo descubre sor Isabel no a través de teorías teológicas, sino desde el Evangelio y desde la luz de la fe. Isabel es una mujer enamorada de la Virgen fiel, de María, como criatura privilegiada de Dios que responde humanamente a ese lujo de gracias divinas. Ella entra en comunión con Dios Trinidad por medio de María porque descubre desde la fe y el Evangelio que el marianismo conduce al teocentrismo. Es una experiencia personal que condensa en esta frase de tan gran contenido teológico: “Todo en María dice Relación a Dios” Desde esta perspectiva, sor Isabel constata, primeramente, la realidad existencial de la Virgen como Alabanza de Gloria de la Santísima Trinidad: “Después de Jesucristo – aunque salvando la distancia que existe entre lo finito y lo infinito – hay ciertamente una criatura que fue también Alabanza de Gloria de la Santísima Trinidad”, escribe en sus últimos ejercicios espirituales. Se trata de una vivencia única en la historia de la espiritualidad mariana. Sor Isabel justifica esta afirmación porque la Virgen es una imagen que refleja plenamente todo el ser de Dios y todas sus perfecciones divinas: “Su alma es tan sencilla y sus movimientos tan íntimos que es imposible comprenderlos. Parece reproducir en la tierra la vida del ser divino. Es también tan transparente, tan luminosa,... que produce la impresión de ser la luz misma. Sin embargo, es solamente el espejo del sol de justicia. Dios se siente glorificado al contemplar a María como imagen finita, pero exacta, de sus perfecciones divinas”. Ella recibe esta devoción de su familia, profundamente cristiana, y la irá cultivando en su adolescencia. Ya a los 14 años decía en una poesía a la Virgen: “Quiero vivir escondida / con tu Hijo, dulce Madre. / Mi ideal ha sido siempre / en tu Carmelo ocultarme”. Cuando su madre terrena se igue oponiendo a su entrada en el Carmelo, sor Isabel pedirá a María que le ayude en su vocación: “Omnipotente Reina del Cielo, condúceme cuanto antes al Carmelo [...] Pedid, pedid a Marí, blanco lirio del Carmelo, Reina de la eternidad, que entre vosotras me acepte [...] Dulce María, Lirio del Carmen, alcánzame esta gracia, ¡oh, señora! [...] Le he encomendado el destino de mi vida, mi vocación”.

Llegada sor Isabel al puerto del Carmelo con una vocación mariana tan clara, tan decidida y profunda, no nos extrañará que su vida carmelitana sea como la ofrenda mariana más pura y limpia. Vivirá esta alabanza de Gloria, su vida carmelitana, en obsequio de Jesucristo, imitando a María, como pida el carisma carmelitano – teresiano. Al recibir el hábito dirá: “La Virgen María me va a revestir con mi querida librea del Carmelo... en esa hermosa fiesta de la Inmaculada Concepción”. esto lo expresará muy bien por medio de sus cartas: “Le pido que me bendiga en nombre de la Santísima Trinidad, a quien estoy especialmente consagrada. Conságrame también a la Santísima Virgen; es Ella, la Inmaculada, quien me ha dado el hábito del Carmelo, y le pido que me revista con aquella vestidura de lino finísimo (Ap. 9,8) con que la esposa se adorna para asistir a la cena de las

bodas del Cordero [...] Quisiera pasar mi vida como la Virgen, que conservaba todas las cosas en su corazón. La Virgen me parece más imitable que cualquier santa. Su vida era tan sencilla...Con sólo mirarla me siento llena de paz; no necesito esforzarme para entrar en ese misterio de la inhabitación de Dios en la Virgen. Me parece ver realizado en Ella el ideal permanente de mi alma, que fue también el suyo: adorar a mi dios oculto”.

Con este ideal, todo se tiñe de marianismo. Así vivirá el espíritu del Adviento, con el silencio y recogimiento de María, y con su cariño expectante; contempla a la Virgen inundada por el Espíritu Santo. Así vive la vida carmelitana: como una entrega total a las personas divinas. También nos dirá que la actitud de la Virgen en los meses que transcurrieron entre la Anunciación y la Natividad debe ser el ideal de las almas interiores, de esos seres que Dios ha elegido para vivir dentro de sí, en el fondo del abismo sin fondo. La Virgen es la adoradora del don de Dios en todos sus actos. “Esta Madre de Gracia va a modelar mi alma para que su hijita sea una imagen viva y expresiva de su Primogénito”. Elocuentes son también las palabras con las que habla de la Virgen como modelo de vida interior, de oración, de sinceridad y humildad, de sufrimiento martirial, de valor y fortaleza ante la cruz: “La Virgen permanece a mi lado para enseñarme a sufrir como Él, para hacerme sentir y comprender los últimos acentos de su alma, que solamente Ella, su Madre, pudo percibir”.

Isabel va perfilando su ideal trinitario de convivencia con sus Tres como la adoración trinitaria con María. Para una alabanza de Gloria, la vida interior en clave trinitaria es mirada contemplativa y adoración silenciosa de la Trinidad presente en el alma. La Virgen del Evangelio es para sor Isabel una mujer reflexiva, pensante, replegado sobre sí misma, en actitud de escucha de la Palabra y de los acontecimientos de Dios que ella vive en la intimidad de su persona. Es su modelo de carmelita contemplativa y de todas las almas que Dios ha elegido para vivir dentro de Sí en el fondo del abismo sin fondo. Ella nos escribe:

“Si conocieras el don de Dios... Hay una criatura que conoció este don de Dios, una criatura que no perdió ni una partícula, una criatura que fue tan pura, tan luminosa que parece ser la misma luz: speculum justitiae; una criatura cuya vida fue tan sencilla, tan abstraída en Dios, que no se puede decir casi nada de Ella. Es la 'Virgo fidelis': Es la virgen fiel, 'la que guardaba todas las cosas en su corazón' (Lc 2, 19.51). Ella se mantenía tan pequeña, tan recogida delante de Dios en el secreto del templo, que atraía las complacencias de la Santa Trinidad: "Porque ha mirado la bajeza de su sierva, en adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada!" (Lc 1, 48). El Padre, inclinándose hacia esta criatura tan bella, tan ignorante de su belleza, quiso que ella fuese la madre en el tiempo de Aquel de quien Él es el Padre en la eternidad. Entonces, el Espíritu de amor, que preside todas las obras de Dios, sobrevino. La Virgen dijo su fiat: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38), y tuvo lugar el más grande de los misterios. Y por la bajada del Verbo ella, María fue para siempre presa de Dios.

Me parece que la actitud de la Virgen durante los meses transcurridos entre la anunciación y el Nacimiento es el modelo de las almas interiores; de esos seres que Dios ha escogido para vivir dentro de sí, en el fondo del abismo sin fondo. ¡Con qué paz, con qué recogimiento María se sometía y se prestaba a todas las cosas! ¡Cómo, aun las más vulgares, eran divinizadas por Ella! Porque a través de todo, la Virgen no dejaba de ser la adoradora del don de Dios. Esto no le impedía entregarse a las cosas de fuera cuando se trataba de ejercitar la caridad. El Evangelio nos dice que María subió con toda diligencia a la montaña de Judea para ir a casa de Isabel (Lc 1, 39-40). Jamás la visión inefable que Ella contemplaba en sí misma disminuyó su caridad exterior..." (El cielo en la fe, 39-40. Obras Completas, EDE, pp. 116-117).

TOMADO DE: Página Revista Miriam | **SITIO WEB:** <http://www.revistamiriam.com>